



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

DETRÁS DEL UNIFORME: UNA HISTORIA DE INFILTRACIÓN.

(RELATO PERIODÍSTICO)

TESINA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

PRESENTA

DOLORES FLORES DELGADILLO

ASESORA: ELVIRA HERNÁNDEZ CARBALLIDO

CIUDAD UNIVERSITARIA, FEBRERO 2009



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

A Dios:

Que sin su voluntad nada de esto hubiera sido posible.

A la UNAM:

Por elegirme entre miles de aspirantes, acogerme en sus aulas y darme la principal herramienta que me abrirá siempre un camino en la vida: el conocimiento.

A mis padres:

Porque gracias a su cariño, guía y apoyo he llegado a realizar uno de los anhelos más grandes de mi vida, fruto del inmenso apoyo, amor y confianza que en mí se depositó y con los cuales he logrado terminar mis estudios profesionales que son el legado más grande que pudiera recibir y por lo cual les viviré eternamente agradecida. Pero en especial agradezco a la razón de mi existencia: MI MADRE por su inconmensurable amor, cariño, paciencia, sabiduría, consuelo en momentos difíciles y más....GRACIAS.

A mis hermanos:

Ramón, Pilar, Guadalupe y Carolina quienes fueron siempre un ejemplo a seguir.

A mis sobrinos:

Alejandra, Ramón, Madeleine, Moshé, Rafael, Andrea -y los que estén por venir- para que den cuenta que siempre se puede salir adelante.

A mi asesora:

Elvira Hernández Carballido quien aceptó apoyarme en este reto, colmándome de sus sabios consejos, valiosa experiencia, dedicación, paciencia pero sobre todo por enseñarme el verdadero sentido y amor al periodismo.

A mis sinodales:

Edith Pérez Carbot, Marco Antonio Cervantes González, Rosalinda Sandoval Orihuela, Xóchitl Andrea Sen Santos por sus invaluable consejos.

A mis fuentes:

Porque sin ustedes este trabajo simplemente no existiría. GRACIAS por levantar la voz y enseñarme el verdadero significado del valor, honor y lealtad...

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
-------------------	---

Capítulo 1. Tradición Heroica.

1.1 La iniciación.....	18
1.2 Las batallas.....	27
1.3 Sedena: El fin de la evolución.....	36

Capítulo 2. Detrás del uniforme: Una historia de infiltración

2.1 La infiltración “Rojo”.....	40
2.2 Detrás de la barraca.....	47
2.3 Correctivo disciplinario.....	51
2.4 Juego peligroso.....	54
2.5 Misión “Conquista”.....	57
2.6 La mujer del cuartel.....	63
2.7 El Incondicional.....	65
2.8 La <i>Otra</i> inspiración.....	67
2.9 Traviesa infancia.....	70
2.10 El aprendiz.....	73
2.11 Los primeros instructores.....	75

2.12 Lealtad condicionada.....	76
2.13 Fusil en las manos.....	79
2.14 ¿La deserción?	80

Capítulo 3. Caso: Cabo Cárdenas

3.15 Aspirante.....	82
3.16 “El Perro” de los <i>chutas</i>	84
3.17 Batallón de PM de CGP: Información “Clasificada”	87

CONCLUSIONES.....	91
-------------------	----

BIBLIOGRAFÍA.....	97
-------------------	----

INTRODUCCIÓN

Las múltiples formas de narración de los trabajos periodísticos han llevado a denominarlos de manera tradicional *géneros periodísticos*, los cuales están clasificados en: Informativos (noticia o nota informativa, entrevista y reportaje) donde se limita el papel del reportero a la de un simple espectador y registrador del hecho que se apega a la “objetividad” positivista y Opinativos (artículo, editorial, crónica y crítica o reseña)¹.

La ausencia del periodista ha impedido que se involucre como protagonista en la historia y discrimina “(...) los recursos -diálogos, descripciones, monólogo interior, reflexiones ensayísticas, caracterizaciones de los personajes, punto de vista narrativo, manejo del tiempo- de que dispone un novelista en su arsenal literario”² a esto, José Acosta Romero lo llamó “toma de conciencia y reacción sentimental.”

Sin embargo, esta práctica ha sido relegada por el reportero cuando pretende publicar el hecho, a través de algún género (nota, entrevista, reportaje, etc.), elige uno de los muchos acontecimientos que afectan el orden social; investiga y recaba todos los datos acerca del evento - antes de redactar- discrimina y jerarquiza la información y, a partir de ello, hace una construcción de la realidad. Por consecuencia, es imposible evitar la intervención del periodista.

Más que referirnos a la objetividad periodística se tendría que analizar la responsabilidad del reportero (como autor) frente a la narración pues debe de tener la capacidad para investigar las causas y consecuencias del hecho, para después comprender, interpretar y expresar con precisión esa realidad.

¹ Vicente Leñero, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 2003, primera edición, p.62.

Debido a la redacción de los textos informativos no existe una clasificación universal. Sin embargo, varios autores coinciden en nombrarlos como: *Informativos*, *Interpretativos* y *de Opinión*; por este motivo en el programa de asignaturas de la especialidad en Periodismo se establece esta misma definición.

² Federico Campbell, *Periodismo escrito*, Alfaguara, México, 2002, pág.110.

En la mayoría de los medios de comunicación (prensa escrita, radio y televisión), la información es convertida -como modelo comercial- en una mercancía de fácil acceso y consumo, para ello sólo basta que el periodista realice “la transformación de los hechos en relatos que contengan varios elementos narrativos: protagonistas, antagonistas, personajes de reparto, escenarios y acciones.”³

Esta “otra categoría” que va más allá de los parámetros informativos y de opinión, José Luis Martínez los denominó *géneros híbridos* los cuales ponen mayor énfasis en la interpretación, dicha característica las halla en la crónica y el reportaje pues, a decir del autor, “los dos están al servicio de la interpretación periodística.”⁴

En la década de 60 surgió una nueva corriente dentro del periodismo, rompiendo las estructuras rígidas con las que se trataba la noticia, llamada *Nuevo Periodismo*, desde su inicio logró “(...) romper los convencionalismos propios de la prensa norteamericana y procedió a romper las reglas de la “objetividad”, “la imparcialidad” y la suposición de que el periodista “no piensa” ni debe externar juicios de valor o adjetivos innecesarios”⁵

Desde entonces, los periodistas han elaborado *Relatos no ficcionales* o *Relatos del Nuevo Periodismo* -como algunos estudiosos han intentado llamarlos- de una manera más diversa, creativa, interpretativa que no pueden ser incluidos dentro de la clasificación convencional de los géneros periodísticos como: la nota informativa, la crónica, el reportaje y la entrevista; además que “pudieran ser leídos igual que una novela.”⁶

³ Francisca Robles, *El Relato periodístico testimonial perspectivas para su análisis*, México, Tesis de Doctorado en Ciencia Política FCP y S, 2006, p. 2.

⁴ José Luis Martínez Albertos, *Curso General de Redacción*, España, Paraninfo, 2001, p.279.

⁵ Federico Campbell, *Periodismo escrito*, México, Alfaguara, 2002, pág.109.

⁶ María de Lourdes Romero Álvarez, “El futuro del periodismo en el mundo globalizado. Tendencias actuales”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 171, enero-marzo, 1998, p.161.

Algunos ejemplos de estos relatos periodísticos son: *A Sangre fría* de Truman Capote, *Los ejércitos de la noche* de Norman Mailer, *Relato de un naufrago* de Gabriel García Márquez, *Cabeza de turco* de Gunter Wallraff y *Los presidentes* de Julio Scherer.

Francisca Robles define a los relatos periodísticos como “productos que mezclan los recursos expresivos de la literatura y los formatos genéricos del periodismo (...). Por lo tanto, no todos los géneros periodísticos se pueden presentar como relatos, únicamente aquellos cuyo discurso dominante es la narración.”⁷

Al respecto, Lourdes Romero sostiene que el relato periodístico a diferencia del relato literario se apoya en un hecho noticioso del mundo real, “(...) por ello si en alguna ocasión tienen dudas sobre su veracidad, puede acudir al mundo real para comprobar lo dicho por el narrador”;⁸ además, los trabajos con estas características “parten de un hecho noticioso para reconstruirlo en su contexto, es decir, en su ambiente y en sus circunstancias, interrelacionando el hecho con los elementos de su entorno, del cual forman parte sus antecedentes y sus consecuencias.”⁹

Los relatos no ficcionales se apoyan de los recursos de la literatura para proporcionar una mayor visión del hecho, a través del uso de diálogos completos en lugar de breves declaraciones, la reconstrucción de escena por escena, la descripción de los personajes en la que también se revelen sus pensamientos y emociones; para mostrar (relatar) una realidad más profunda y creativa.

⁷ Francisca Robles, *El Relato periodístico testimonial perspectivas para su análisis*, México, Tesis de Doctorado en Ciencia Política FCP y S, 2006, p. 4

⁸ María de Lourdes Romero Álvarez, “El relato periodístico como acto de habla”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 165, Julio-Septiembre, 1996, p. 25.

⁹Ibídem, p.10.

Por su parte, Elina Hernández Carballido señala como diferencia primordial, el periodo en que tarda en salir la publicación, así como, el público al que va dirigido el texto: “al escritor no le urgen necesidades prácticas inmediatas, en el periodismo son acuciantes (el periodista tiene que realizar su trabajo en un plazo de tiempo breve e improrrogable). El periodista escribe para receptores específicos, mientras que, el escritor se dirige a un receptor universal.”¹⁰

Es importante señalar que el presente trabajo se sostiene en que el relato promueve sensaciones no sentimientos, por lo que se debe narrar la historia de forma creativa, profunda e interesante. Para llegar a este punto Tom Wolfe propone: “Hacer al lector un *testigo* del suceso a través de la reconstrucción de escenas que revelen la actuación de los implicados y que; *escuche* las conversaciones efectuadas, *experimente* la realidad tal y como el periodista la experimentó y *vea* cómo son, viven y se comportan los involucrados.”¹¹

Durante los relatos se advierte la presencia de un narrador homodiegético¹² porque decidí que las historias fueran contadas por el propio soldado (protagonista); ello no significa que desatienda la objetividad ni que se ignore mi participación, al contrario, estoy presente a partir de la jerarquización y selección de la información así como la organizadora del relato.

Por todo lo mencionado, la investigación abordará a través del relato periodístico los casos inusuales que surgen dentro del Ejército Mexicano como: el maltrato físico y psicológico, el abuso de poder, la prostitución y el libertinaje entre la tropa. Cada uno de

¹⁰ Elina Sonia Hernández Carballido, *El relato periodístico en México*, México, UNAM, 1998, pág.16

¹¹ Francisca Robles, *El Relato periodístico testimonial perspectivas para su análisis*, México, FCP y S, 2006, p.3

¹² El narrador homodiegético participa en los hechos que relata. Francisca Robles, *La entrevista periodística como relato una secuencia de evocaciones*, México, Tesis de Maestría en Ciencias de la Comunicación de FCP y S, 1998, p.52

los relatos aborda una temática diferente pero convergen en un mismo lugar: el Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos.

Los trabajos periodísticos en ocasiones debido a la premura del tiempo o por una línea editorial ocupan poco espacio en las páginas de los diarios y revistas. La noticia es abordada de manera superficial mostrando sólo algunos datos duros que den cuenta de la denuncia: fechas de ingreso, historial académico, participaciones en operaciones, así como, someras declaraciones del elemento.

De esta manera, conoceremos el estilo de vida castrense de los soldados, alguna de las causas que los llevan a internarse en el ejército, cómo son tratados en sus primeros días de reclutamiento o cuando se ven involucrados en escándalos que denigren al instituto armado y cómo se llevan acabo los castigos. El objetivo es denunciar a través del relato periodístico el modo de vida de los soldados y desmentir, o si es el caso, comprobar las especulaciones que se forman en torno a la formación castrense para que en conjunto muestren una perspectiva del Ejército Mexicano.

Antes que el lector conozca el presente trabajo considero de vital importancia explicar que obtuve mis dos fuentes (soldados) por “oportunidad” ya que durante dos semestres cubrí la fuente militar, lo que me llevó a asistir durante varias semanas a las instalaciones de la Sedena para conseguir una entrevista con el encargado de la Dirección de Comunicación Social, pero nunca se realizó por la restricción al personal civil que prevalece en dicha institución.

En ese tiempo “aparentemente perdido”, al primero que conocí fue a soldado Damián (por razones de seguridad se omite su nombre real) un Guardia Presidencial provinciano, humilde, de mirada sincera y conforme con su trabajo, después de coincidir en

varias ocasiones y formalizar una amistad, éste me presentó a su colega Ernesto quién desde un principio mostró disposición para denunciar las extrañezas que acontecen en el batallón.

Finalmente, Damián y Ernesto, me condujeron hasta el cabo Diego quien además de ser un superior y cocinero era sobre todo su amigo. Así, con franqueza por ambas partes (periodista–fuente) fue como estos relatos se hicieron posibles.

La técnica de investigación que utilicé fue la entrevista, entendida como una serie de preguntas, las cuales recopilaban la información necesaria para hacer de la “pregunta y respuesta” un relato.

Aproveché las características con las cuales Carlos Marín define a la entrevista como “la conversación con propósitos de difusión que sostiene un periodista y un entrevistado, un periodista y varios entrevistados, o entre varios periodistas y uno o más entrevistados. A través del diálogo se recogen las noticias, datos, opiniones, comentarios, interpretaciones, juicios de interés social.”¹³

De acuerdo con Francisca Robles: “Para entender la entrevista como un relato, es necesario considerar que el periodista transforma un suceso (la conversación entre el entrevistador y el entrevistado) en una versión del mismo (la entrevista publicada).¹⁴

He decidido dividir la investigación en tres capítulos, que abordan los siguientes tópicos:

¹³ Ibídem, p. 65.

¹⁴ Francisca Robles, La entrevista periodística como relato una secuencia de evocaciones, México, Tesis de Maestría, FCP y S, 1998, p. 23.

En el primer capítulo se muestra un recorrido monográfico del Ejército Mexicano para proporcionar un mejor contexto sobre su evolución desde los guerreros mexicas hasta la actual Secretaría de la Defensa Nacional, institución en la que se rige, dirige y concentran los militares.

El segundo capítulo se relata cómo es la vida de Ernesto, un joven perteneciente al Cuerpo de Guardias Presidenciales que después de viajar a Chiapas y vivir en carne propia la represión, decide infiltrarse al Ejército para conocer al militar mexicano y mostrar su *modus vivendi*.

Finalmente, en el tercer capítulo, se narra la historia de Diego, un cabo cocinero víctima de maltrato psicológico, sexual -a manos de unos compañeros del cuartel-, burlas e insultos debido a su aspecto físico.

Este relato es una denuncia de la situación del soldado en donde se pretende *sensibilizar* y *humanizar* al lector para que se forme una opinión. A continuación se expone el papel que han jugado las fuerzas armadas a partir del 2006 con el presidente Felipe Calderón Hinojosa, el perfil del soldado y las situaciones “incómodas” en las que se ha involucrado el Ejército.

En un principio, la prensa sólo servía como espacio para ponderar las acciones de las fuerzas armadas como: el desfile militar, informar sobre grandes decomisos de marihuana y alguna que otra pesquisa de peligrosos delincuentes; fuera de estos “parámetros informativos” el tema se convirtió en algo desconocido.

Intelectuales y periodistas como Jesús Aranda del periódico *La Jornada*, Jorge Carrasco de la revista *Proceso* y Javier Ibarrola de *Milenio Diario*, sólo por mencionar algunos, desafiaron la censura que acogía al Ejército Mexicano ; el primero de ellos como uno de los fundadores de la fuente militar, mientras que, el segundo realizando profundas investigaciones convirtió a *Proceso* en una de las primeras revistas que abordara este tema sin reservas y finalmente el columnista Ibarrola quien hace una crítica objetiva y libre.

Así fue como el Ejército dejó de ser un tema hermético y elitista debido a la excesiva lealtad hacia el presidente en turno convirtiéndose en un tema de dominio público. El servilismo militar se hizo más evidente a partir del 2006 con Felipe de Jesús Calderón Hinojosa que en su afán de legitimar su liderazgo se arropó en el instituto armado y lo proveyó de más poder.

Desde entonces, el Ejército Mexicano se ha visto envuelto constantemente en actos irregulares y deshonrosos debido al comportamiento de sus soldados al interior y exterior de las unidades, abusando del poder adquirido, o tal vez , es su descontrolada disciplina castrense la culpable de tener dicha conducta.

La Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) manifiesta en su portal de internet así como en la Ley Orgánica que sus elementos son adiestrados física y psicológicamente para cumplir con el objetivo primordial que la patria les ha confiado: la tranquilidad y la paz social; actuar de manera oportuna ante cualquier situación; ayudar a la población civil en caso de desastre; combatir al narcotráfico, pero esta visión cambió a partir de que la tropa participara en sucesos que ponen en entre dicho su prestigio, formación y honorabilidad.¹⁵

¹⁵ *La Ley Orgánica del Ejército y Fuerza Aérea*, SEDENA.

El presidente Felipe Calderón se distinguió de los demás mandatarios por prestar atención a las necesidades de las fuerzas armadas, considerar su situación económica pero sobre todo por destacar la misión encomendada para terminar con la inseguridad del país.

Su primer acto fue dedicado a ellas y refirió que sería: “un Presidente que se ocupe de sus soldados y de sus marinos (...) porque sé muy bien que es la hora de velar por la tropa”¹⁶ además anunció un aumento salarial de 35%, es decir de 3 mil 865 a 4 mil 600 pesos; redujo la jornada de trabajo, entre otros cambios. Fue así como el ejército vio fortalecida su autoridad y dominio convirtiéndose en un importante aliado del primer mandatario Calderón.

El 2006 marcó una división en la historia del Ejército Mexicano sólo por mencionar algunos ejemplos: la actividad de los soldados se intensificó debido a las acciones y planes por parte del gobierno federal. El presidente Calderón, a diez días de haber asumido el poder, puso en marcha el *Operativo Conjunto Michoacán* para combatir el narcotráfico en su estado natal lo que implicó una movilización activa permanente de las tropas.

De acuerdo con la investigación publicada en la revista *Proceso*¹⁷ a pocos días de ponerse en marcha dichos operativos, se originó un extenso número de denuncias en contra de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) por violación a los derechos humanos afectando la tranquilidad de la población civil.

Según datos de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) en Michoacán se presentó el mayor número de denuncias en contra de la Sedena: por violación

¹⁶ Jorge Carrasco Araizaga, “Al amparo castrense”, revista *Proceso*, núm. 1572, sección “Presidencia”, México, 17 de diciembre de 2006, pp.15

¹⁷ Jorge Carrasco Araizaga, “Oleada de denuncias”, revista *Proceso*, núm. 1593, sección “Narcotráfico”, México, 13 de mayo de 2007, pp.30

a los derechos humanos, cateos ilegales, detenciones arbitrarias, trato cruel degradante, retenciones ilegales y robos.

Tiempo después, vino una oleada de acusaciones en contra de los soldados por cometer violaciones sexuales a mujeres, el más vergonzoso fue en Veracruz con la muerte de la anciana zongolista, Ernestina Ascencio; quien falleció de fractura en el cráneo y una hemorragia en la vía anal a causa de la violación tumultuaria perpetrada por soldados de la 26 Zona Militar.¹⁸

En Coahuila, la violencia sexual ejercida por los militares cobró 13 víctimas. En julio del 2006, más de una veintena de efectivos violaron y amenazaron a las bailarinas y sexoservidoras de los centro nocturnos *Las Playas* y *El Pérsico*.

Con la muerte de un cabo de infantería se dejó ver la discriminación con la que son tratados los soldados infectados con el Virus de Inmunodeficiencia Humana así como su desamparo por una ley propuesta en el 2002 por el presidente Vicente Fox que va contra las garantías individuales previstas en la Constitución.

Estos hechos hicieron que la sociedad e instituciones autónomas como la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) y autoridades civiles volcaran su mirada hacia las fuerzas castrenses pero en el afán de encubrirlos y aferrarse a su desgastada imagen heroica, la autoridad militar ha fingido interés y disposición para el esclarecimiento de los delitos resguardando con recelo los procesos de la investigaciones por lo que las agresiones de los militares quedan impunes y se convierten en estadística.

¹⁸ Sin embargo, con el objetivo de exonerar al Ejército, el presidente Felipe Calderón -ayudado por el titular de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, Luis Soberanes- ordenó realizar una segunda autopsia a la víctima en donde los resultados oficiales señalaron que la muerte había sido producto de una “gastritis severa”.

La milicia ha sido un tema alejado del escrutinio social debido al difícil acceso a la información y fuentes que atestigüen las anomalías al interior del ejército. Sin embargo, las investigaciones periodísticas donde se denuncian y desmantelan las problemáticas o situaciones inusuales que aquejan a los soldados son mínimas y casi extraordinarias. A continuación se mencionan algunos de ellos.

El 16 de febrero del 2007, durante la 31 reunión ordinaria de la Confederación Nacional de Gobernadores (Conago), celebrada en Tlaxcala, elementos del Estado Mayor Presidencial (EMP) respondieron a golpes a la menor provocación no sólo contra los manifestantes y seguidores de Andrés Manuel López Obrador que se encontraban en el lugar sino también contra la prensa.

Los EMP olvidaron los principios de legalidad, sensatez y discreción en sus operativos de seguridad y golpearon brutalmente al reportero gráfico del periódico *Reforma* Luis Castillo quien sufrió lesiones en el rostro, cuello y brazo izquierdo. El fotógrafo fue sometido por la espalda y derribado por un efectivo del EMP y otro lo golpeó y pateó en el piso. Otro más le pisó la cara y le gritó: “¡te estoy diciendo que te vayas!”, minutos después fue levantado del cinturón y aventado hacía la zona donde estaban los portales.

Luis Castillo fue atendido en un hospital privado. Al día siguiente, miembros del EMP acudieron al nosocomio para realizar “una investigación” y quisieron ver el expediente, el tipo de lesiones y hablar con los doctores que lo trataron.

La tarde del 25 de febrero 2007, Ernestina Asencio Rosario, de 73 años de edad, salió de su humilde vivienda en la comunidad, en Soledad Atzompan; iba a alimentar a sus animales, una vez internada en el monte fue atacada por cuatro soldados de las brigadas

enviadas por la Comandancia de la 26 Zona Militar de El Encero, cerca de la capital del estado.

Ahí la amenazaron y golpearon para después violarla tumultuariamente. Horas después fue encontrada aún con vida por sus dos hijos a los que alcanzó a decir que la habían atacado los soldados.

Mientras que el 11 de julio del 2006, 13 bailarinas y sexoservidoras fueron violadas por más de 20 soldados del Ejército Mexicano en Castaños, municipio de Coahuila, donde estaban asignados al resguardo del material electoral, pertenecientes a la Sexta Zona Militar de Muzquiz.

Primero siete soldados llegaron a *El Pérsico* organizaron una fiesta pero una trifulca detonó el infierno, el enfrentamiento no fue muy escandaloso, sin embargo, los soldados fueron al Instituto Federal Electoral (IFE), en Monclova y 40 minutos después regresaron con 20 de sus compañeros en un Hummer del Ejército Mexicano, uniformados y con armas.

Los soldados golpearon al guardia y al cantinero. Malena, una de las víctimas, dijo que se quedó en el patio con dos de ellos y un grupo sacó a dos más del lugar. En el terreno baldío, cerca de la pared se desnudaron para cumplir la orden. Mientras, recordaba cómo los dedos del militar atravesaban su vagina lastimándola. Otros le ordenaron lo mismo a su compañera: “¡quítate la ropa pinche puta!” al mismo tiempo que un arma le abrió bruscamente las piernas.

Posteriormente, los soldados se dirigieron a *El Pérsico*. Ahí las mujeres se escondieron pero después de una hora y ante las exigencias de los soldados, salieron del escondite. Wendy vio que en el cuarto y en el baño varios soldados abusaban de dos de sus

compañeras. Después de violarla, el soldado le preguntó si no estaba enferma “porque no usó condón” y la amenazó de muerte si lo denunciaba pues advirtió que iba a volver.

En junio del 2006, murió un cabo de infantería. Con su deceso se dejó ver la discriminación con la que son tratados los soldados infectados con el Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH). A mediados de diciembre del 2001, cuando el elemento acudió al Hospital Militar Regional por presentar un cuadro de fiebre crítico, sin informarle de su situación ni pedirle su consentimiento, le realizaron la prueba del VIH; ocultándole los resultados fue trasladado a la Hospital Central Militar para realizarle unos estudios confirmatorios.

En enero del 2002, el Hospital Central Militar le expidió un certificado en el que se declaraba “inútil en primera categoría” por haber salido positivo en la prueba de detección de anticuerpos del VIH. De inmediato, la Sedena tramitó su baja del Ejército por “inutilidad contraída fuera de actos de servicios” por lo que ya no continuó con el tratamiento y le quitaron su sueldo.

La ausencia de trabajos periodísticos obedece a dos razones principales: la primera es el miedo que tienen los soldados a denunciar los abusos de poder, decir cómo es en realidad la vida adentro del búnker -sobre todo- las represalias que toman las autoridades castrenses porque en caso de que ser descubiertos son dados de baja perdiendo sus prestaciones económicas, médicas, etc. y; la segunda es el estricto cuidado del manejo de la información al interior de la Sedena.

En los últimos años sólo existen boletines de la Secretaría que informan de manera escueta (con cifras) sobre decomisos de marihuana, captura de narcotraficantes y las

acciones que llevaron a cabo en último desastre natural como las inundaciones de Tabasco en noviembre de 2007.

Los soldados mexicanos tienen una lealtad excesiva a las normas y reglamentos del instituto armado que los obliga a mantenerse en el anonimato ante cualquier situación que les suceda portando el uniforme, aunque no todos coinciden y alzan la voz en contra de las injusticias.

El Ejército ha crecido de la mano de rumores entorno a su formación, las versiones que han predominado en la opinión pública y medios de comunicación es que se basan en una educación estricta a base de castigos exagerados o golpes injustificados.

El general retirado José Francisco Gallardo –condenado a prisión, a principios de la década de los 90’s al pretender la creación de un ombudsman militar - propuso en su tesis de doctorado en Administración Pública por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM una “eliminación de las prácticas de sumisión, servilismo, el culto a la autoridad y el abuso de poder”¹⁹.

Los elementos de tropa una vez inscritos en las filas del Ejército son aleccionados para obedecer de manera incondicional las tareas de la actividad castrense y subordinarse ante el mando superior y compañeros del mismo grado, lo que origina una falta a sus derechos humanos pero pocos recurren a las autoridades (militares) porque saben que sus denuncias serán ignoradas y mejor optan por quedarse en silencio.

¹⁹ Roberto Zamarrita, “El juicio al general Gallardo por “injurias, difamación y calumnias” contra el Ejército Mexicano”, revista *Proceso*, núm. 894, México, 20 de diciembre de 1993, pp.14

No obstante, “el ciudadano promedio tiene tanta fe en su Ejército como la tiene en su iglesia”²⁰ por eso los soldados sólo esperan cumplir tres de años en las filas para darse de baja y buscar un empleo mejor remunerado y menos peligroso.

Según cifras del Ejército, durante el 2004 desertaron 18 mil 267 elementos, de los cuales 16 mil 700 fueron soldados. En el 2005, la cifra se elevó a 18 mil 729, de los cuales 17 mil 127 eran soldados rasos y mil 136 cabos; un promedio de 51 deserciones al día. Así lo refiere la revista *Proceso* del mes de febrero²¹.

El bajo nivel de conocimiento, preparación académica y una incuestionable capacidad de subordinación es el perfil que deben tener los jóvenes para que aseguren su ingreso al Ejército; para muestra hay que detenerse frente a los puestos de reclutamiento instalados en puntos estratégicos de la Ciudad de México (estaciones del metro) y echar un vistazo a los requisitos: edad mínima 18 años, secundaria terminada, 1.60 de estatura, no presentar tatuajes o señas de vandalismo, entre otros.

El periodista Jorge Carrasco Araizaga, en su reportaje *Milicia de reprobados*,²² asevera: “En el Colegio Militar no están siempre los más aptos. Tener un alto nivel de conocimiento no garantiza el ingreso. Puede, incluso, ser un obstáculo (...) Más importante, en todos los casos es superar los exámenes médico, físico y psicológico, en los que además de cotejar la salud de los aspirantes se identifica a quiénes –según varios especialistas– “tienen mayor capacidad de obediencia y sumisión”.

²⁰ Arturo Ramos Ortiz, “La apuesta por el ejército”, periódico *Milenio Diario*, año 2007, sección “MP”, México, 1º de septiembre de 2007, pp. 26.

²¹ Jorge Carrasco Araizaga, “Ejército de desertores” revista *Proceso*, núm. 1529, sección “Fuerzas armadas”, México, 19 de febrero de 2006, pp.39

²² Jorge Carrasco Araizaga, “Milicia de reprobados”, revista *Proceso*, núm. 1579, sección “Ejército”, México, 4 de febrero 2007, pp.36

La necesidad económica de la tropa es otro de los factores que dan lugar a los delitos cometidos al interior del cuartel. De acuerdo con una fuente castrense, la mayoría de la tropa es gente provinciana que ve en el Ejército una manera fácil y cómoda de subsistir, por la misma razón están más expuestos a ser víctimas de los subalternos. “Es gente analfabeta, no saben expresarse y aquí (en el Ejército) los pulen y les enseñan cómo dirigirse a la gente civil para que no la rieguen”.

Durante el sexenio del presidente Vicente Fox Quesada, el Secretario de la Defensa Nacional (Sedena), el general Gerardo Clemente Vega García, se registró una baja del 50% de militares retirados por accidentes, enfermedades y diversas situaciones de los 4 mil 327 elementos retirados; 2 mil 293 se fueron por no estar “aptos” para desempeñar sus funciones.

La vida militar para quien la practica no es sólo cuestión de honor, aguantar se vuelve más difícil, la manera de forjarlos a partir de su ingreso, cualquiera que sea el rango al que aspiren (tropa, oficiales o jefes) es severa.

En realidad ¿son los “hombres de acero” que vemos airoso en desfiles o ceremonias y que están entrenados para soportar hambre, arduo entrenamiento pero sobre todo los golpes? o son sencillamente hombres de carne y hueso con necesidades y sentimientos, virtudes y errores.

Como podemos ver los casos arriba mencionados no son ajenos a nosotros. En esta ocasión son hombres desconocidos, pero tal vez, mañana pueda ser un padre, un hijo, un hermano, o algún otro miembro de la familia el que se encuentre del otro lado del paredón de fusilamiento.

Ernesto y Diego conocen muy bien las ventajas y desventajas de vestir de verde olivo, portar un arma y luchar cuerpo a cuerpo contra el enemigo, pero sobre todo lo que significa ser soldado del Ejército Mexicano.

CAP. 1. TRADICIÓN HEROICA.

- **La iniciación.**

Las fuerzas armadas no pueden ser concebidas lejos de la historia de México. Desde su creación, el Ejército ha participado en el desarrollo del país, salvaguardando la patria en cada una de sus luchas y desde entonces se ha esforzado en construir un camino de vida autónomo e independiente. El pueblo siempre ha recurrido a éste cuando un enemigo extranjero o connacional ha intentado lastimar la autonomía del país y los derechos de los mexicanos.

En cada etapa de la historia mexicana se advierte la presencia de los milicianos, a veces populares, otros más revolucionarios o concentrados en un organismo organizado y disciplinado pero siempre con el mismo objetivo: defender la verdad, autonomía y la justicia social.

Herederos de una tradición heroica, el actual Ejército tuvo a bien convertirse en una institución incluyente sin distinciones en la libre convocatoria de aspirantes con vocación al servicio por las armas.

“Las Fuerzas Armadas son parte del pueblo. Participan en sus afanes de justicia, mantienen el culto a los símbolos nacionales, son baluarte de los principios humanistas y son también gestores de desarrollo y fraternal apoyo de la sociedad en momentos de desastre. Este es el Ejército de México, una expresión del pueblo y símbolo de patriotismo”²³

²³Todo el capítulo se basó en la siguiente guía: Gutiérrez Santos, Antonio, *Historia Militar Mexicana*, SEDENA, México, 1984; Barragan, Rodríguez Juan, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, México, Stylo, 1985; Semo, Enrique, *México, un pueblo en la historia*, México, Alianza, 1998; Blasco, Ibáñez Vicente, *El militarismo mexicano*, México, Gernika, 1995; Breceda, Alfredo, *México Revolucionario*, México, Madrid, 1985 y SEDENA, *Historia del Ejército Mexicano*, [en línea], México, enero 2008, <http://www.sedena.gob.mx>.

Cientos de guerreros, generales, soldados y combates armados, todos ellos a favor de la patria, se han quedado grabados en las páginas de la historia y en la memoria de los mexicanos porque a ellos se debe a transformación de la formación castrense.

En la época prehispánica, los guerreros pertenecientes a las múltiples tribus indígenas adoptaron el valor de la lealtad, amor a la patria, el culto al entrenamiento físico y el espíritu moral de combate en la defensa de su territorio.

Al reorganizarse la gran Tenochtitlán, las fuerzas mexicas estaban conformadas por más de 30 mil hombres debido a que la ciudad había quedado dividida en cuatro ciudades: Cuepopan, Atzacualco, Moyotán y Zoquiapan, las cuales se subdividieron en 20 barrios y cada uno de ellos contaba con una población de 4 mil hombres guerreros.

El adiestramiento militar era obligatorio para todos los jóvenes (nobles o plebeyos) que tuvieran 15 años, estaba a cargo de las escuelas del Calmecac y el Telpochcalli, de éstas se desprendían dos castas denominadoras: los tlamacazque y los yaoquizque, respectivamente.

En el Calmecac asistían los hijos de los nobles que podían llegar a ser sacerdotes, en él se transmitían las doctrinas y conocimientos más elevados como: los cantares divinos, interpretación de códigos, conocimientos calendáricos, memorización de textos; mientras que los egresados del Telpochcalli sólo eran guerreros. En ambos colegios, las órdenes de combate eran anunciadas por la máxima autoridad (el rey) a través de tambores, caracoles y un escudo.

La estrategia de combate consistía en que una vez localizada la ciudad del enemigo era atacada desde tres puntos diferentes en forma simultánea y por igual número de grupos de asalto pero si el enemigo se encontraba fuera de las ciudades sólo un grupo entraba en acción mientras los otros permanecían en estado de alerta, el objetivo era detectar a los guerreros que destacaban más durante el combate.

En esta época, los guerreros obtenían su grado de acuerdo al número de enemigos capturados.

En el Telpochcalli, el rango más bajo era para quien capturaba cuatro enemigos y los de cinco obtenían la categoría de Otomitl que podían tener la categoría de Flecheros. Mientras que en el Calmecac después de aprisionar a su tercer enemigo se llamaban Telpochtlato y eran candidatos a gobernadores o directores de un Telpochcalli. El último rango (más alto) pertenecía al Tlacatéclat que ejercía las funciones de inspector general del material humano, el Huizanáhuatl era general de los ejércitos en campaña (pertenecía a la casta sacerdotal), el Tlacochohcácatl estaba encargado del material de guerra y, por último el Tlacatecuhtli, quien adquiría el puesto de monarca en función de jefe de los ejércitos.

El armamento del Ejército Azteca no era sofisticado ni difícil de adquirir pero era fabricado sólo en el Tlacochochalco (casa de dardos) por los yautlalquichi, entre las principales armas se encontraban: la honda, el arco, la flecha (algunas con la punta envenenada), dardos y macana; además se adquirían armas y trajes de guerrero como tributo de los pueblos vencidos.

Para los guerreros aztecas, los combates armados se convirtieron en una forma de culto, que a diferencia de las guerras de conquista, los prisioneros eran sacrificados como ofrenda al Sol. Aunque las habilidades del guerrero eran pieza fundamental para su

desempeño, lo era también la alimentación que consistía en la ingesta de tostadas, pinole, chile y frijol.

Con la llegada de Hernán Cortes a México en 1519 y la derrota de los aztecas en 1521, dio inicio el periodo del México Virreinal, del cual surgió un Ejército Colonial.

La derrota del ejército mexicana frente a las fuerzas de la Nueva España estuvo a cargo de Pedro de Alvarado quien se caracterizó por una crueldad bárbara y ordenó la matanza del Templo Mayor en 1520, la represión de los caxcanes en el estado de Jalisco en 1541 y; del militar zacatecano Diego Martínez de Urdaide, quien sometió a los indígenas de la región de Sinaloa aunque se destacó por darles un trato digno a los indios.

Durante la expedición para conquistar Honduras, Cortés mandó a matar a Cuauhtémoc y a sus acompañantes bajo el pretexto de intento de rebelión, también los chichimecas fueron sometidos a una guerra de exterminio porque se opusieron al avance español en el norte novohispano.

En su destierro a España, Hernán fue sustituido por varios de sus colaboradores como: Alfonso Estrada y Gonzálo de Sandoval conquistador de lo que actualmente se conoce como el estado de Colima; en España, Cortés enfrentó varias acusaciones hasta su muerte en 1547.

Sin embargo, no todas las expediciones de conquista realizadas por los españoles fueron victoriosas. En 1540 Francisco Vázquez Coronado, sobrino del virrey Antonio de Mendoza, tomó el mando de una fuerza española y realizó un viaje hacia el norte llegando al estado norteamericano de Oklahoma.

En ese mismo año, la tribu indígena de Los Yaquis conformada por 60 mil integrantes -distribuida en los actuales estados de Sonora y Sinaloa- derrotó al Ejército Español al mando de Diego de Guzmán.

Francisco de Montejo en sus dos intentos por conquistar el estado de Yucatán (1527 y 1530) se conformó con el gobierno de Chiapas, pero fue hasta 1546 cuando su hijo Francisco de Montejo pudo consumir la conquista.

En 1579 el africano Yanga, quien fundó un estado independiente del Virreinato de la Nueva España en las faldas del Pico de Orizaba, encabezó una sublevación de esclavos pero en 1609 el virrey Luis de Velasco envió una expedición encabezada por Pedro González de Herrera para vencer a los rebeldes; se le respetó la vida a cambio de permanecer refugiado en el pueblo de San Lorenzo de los Negros.

Durante el mandato del segundo virrey de Revillagigedo se pidió refuerzos a España para el Real Regimiento de América entre los cuales estaban: 15 oficiales y 70 individuos de tropa, entre ellos sargentos, cabos y tambores; por lo que reglamentos, vestuario, equipo, disciplina y estrategias del Ejército Colonial estuvieron basados en el español.

El Primer Batallón se formó bajo el gobierno de Don Pedro de Castro Figueroa. Fue originado en el año de 1740 en Veracruz, estaba organizado en cinco compañías y después aumentó a ocho; para 1749 se reorganizó y quedaron sólo seis compañías. Las nuevas tropas fueron entrenadas para construir, equipar y consolidar la capacidad defensiva de la Nueva España.

En cuanto a flota naval española creada en Veracruz en 1638, su función era defender los territorios y embarcaciones españolas de los ataques piratas. A principios del siglo XVIII había logrado imponer cierto orden en el Golfo de México y el mar de las Antillas, extensiones en las que operaba.

El 16 de septiembre de 1810, Miguel Hidalgo y Costilla dio inicio al movimiento de independencia y creó un Ejército Insurgente conformado, en su mayoría, por el pueblo que estaba en contra del yugo impuesto por España a lo largo de cuatro siglos.

Un grupo de hombres combatientes, entre ellos Mariano Escobedo, dieron inicio al movimiento de independencia. Sólo contaban con instrumentos precarios (sables, lanzas, hondas y palos) y el estandarte de la Virgen de Guadalupe que sirvió como bandera de guerra.

En la primera etapa del movimiento de independencia, el Capitán General Ignacio Allende fue el cerebro militar de los insurgentes y obtuvo varios triunfos sobre el Ejército Realista; tuvo bajo su mando a alrededor de 5 mil hombres los cuales se incorporaron a los escuadrones del Regimiento de la Reina, el cual contaba con Batallones de Infantería y Escuadrones de Caballería.

Debido a la importancia que implicaba mantener resguardada la plaza de Guanajuato, los españoles se fortificaron en la Alhóndiga de Granaditas, y ahí guardaron sus caudales, armas, víveres y municiones.

Para la llegada de Miguel Hidalgo a Valladolid (hoy Morelia, Michoacán) el Ejército Insurgente ascendía a más de 600 mil hombres: mal armados con flechas, garrotes,

instrumentos de labranza y con pocas armas de fuego de las poblaciones que habían vencido.

No obstante, los insurgentes hicieron frente a varias batallas en donde salieron vencedores. En el Monte de las Cruces se enfrentaron los insurrectos, al mando de Ignacio Allende y los realistas a las órdenes de Torcuato Trujillo, saliendo vencedores los primeros.

En Aculco, Estado de México, las fuerzas realistas al mando de Félix María Calleja, Conde de Calderón y Don Manuel de Flon, con 200 infantes, 500 soldados de Caballería y 12 cañones derrotaron a los Insurgentes, quienes perdieron los elementos y la artillería que habían obtenido en el Monte de las Cruces.

Mientras que en el Puente de Calderón cerca de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, los insurgentes nuevamente se enfrentaron a los realistas. Durante el combate, en el lado de los milicianos insurgentes estalló un carro lleno de municiones lo cual provocó una inevitable derrota porque se perdió toda la artillería, víveres y la vida de muchos hombres.

El Ejército Insurgente se sobrepuso con la incorporación de Vicente Guerrero bajo las órdenes de Hermenegildo Galeana. Empero sufrieron la traición de Ignacio Elizondo (cerca de Monclova), quien aprehendió al cura Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Juan Aldama, José Mariano Jiménez y al resto de la comitiva para llevarlos a la ciudad de Chihuahua, donde fueron juzgados y fusilados.

Después de la muerte de los primeros caudillos insurgentes, el más destacado fue el cura José María Morelos y Pavón, quien dejó fortificado el puerto de Acapulco y tomó la ciudad de Chilpancingo, en el camino se le unieron don León Bravo, su hijo Nicolás, sus

hermanos Máximo, Víctor y Miguel Bravo. En el Cerro del Grillo los caudillos al mando de Ignacio López Rayón derrotaron a los realistas y se posesionaron de la plaza de Zacatecas.

Para la consumación del movimiento de independencia en septiembre de 1821, la inestabilidad y el desgaste impidió la creación de un verdadero ejército y se vio reflejado con la derrota frente al Estados Unidos de Norteamérica en 1846 donde se perdió más de la mitad del territorio nacional.

El 21 de julio de 1822, inició una nueva etapa con la coronación de Agustín I Emperador de México. Y con ello la administración pública no se pudo resistir a las tentativas europeas y angloamericanas que buscaron imponer sus condiciones hasta dominar suelo mexicano.

En este periodo, el Ejército Imperial tuvo interés en mejorar el desempeño de sus instituciones y optó por imitar el funcionamiento y la organización semejante al modelo europeo para ello redoblaron esfuerzos en el sentido disciplinario, adoptando la Ordenanza del Ejército Español de 1803, mismo que procedía del Ejército Prusiano de Federico II.

Fueron evidentes las diferencias doctrinarias y capacidad operativa entre el Ejército Virreinal e Insurgente que dieron origen al Ejército Trigarante, éste último no contaba con el suficiente armamento y apoyo en comparación con las fuerzas europeas por lo que compró armamento inglés. Sin embargo, los mexicanos suplieron sus carencias materiales con coraje y valentía.

En 1827 el General Guadalupe Victoria buscó optimizar la estructura del ejército pero en esta ocasión a través de cambios en sus efectivos y distribución de sus unidades con pretensión de abarcar la totalidad del suelo nacional.

Durante la monarquía, Don Antonio Medina, Manuel de la Rosa Soto y Riva y Don Francisco Arrillaga estuvieron al frente del Ministerio de Guerra y Marina e hicieron lo posible por contener las rebeliones en contra de este régimen.

El 24 de enero de 1823 en Veracruz estalló una rebelión en contra del gobierno de Iturbide y Antonio López de Santa Anna lanzó el Plan de Casa Mata. Por otra parte, Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Antonio de León también se pronunciaron en contra del imperio.

En Almoloya, Guerrero derrotaron al Coronel Epitacio Sánchez, quien murió en la acción. Mientras en la guarnición de Puebla secundó el Plan de Casa Mata y se adhirió en Guadalajara el General José Antonio Echavarría.

Ante las presiones militares, Agustín de Iturbide abandonó el trono de México y salió escoltado por Nicolás Bravo hasta Veracruz, donde se embarcó en la fragata Rowling rumbo al destierro. Mientras que en la ciudad de México se formó un gobierno provisional conocido como Triunvirato, integrado por los Generales Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria y Pedro Celestino Negrete.

En esta ocasión quedando al frente del Ministerio de Guerra los Generales José Joaquín Herrera y Manuel Mier y Terán. La Bandera Nacional fue cambiada quitándole la corona al águila.

En 1824 Agustín de Iturbide trató de retomar el poder, para lo cual desembarcó en Soto la Marina donde fue hecho prisionero por el General Felipe de la Garza y fusilado en el Pueblo de Padilla el 19 de julio por decreto del Congreso de Tamaulipas. Más tarde se nombró como Primer Presidente Constitucional de la República al General Guadalupe Victoria.

En el periodo imperial, el ejército se consolidó al fundar una Academia de Cadetes, como primer paso a la formación de un ejército profesional, el 1º de febrero de 1822, para la enseñanza castrense de los nuevos oficiales del Ejército, siendo instalada en el antiguo edificio de la Inquisición en la Plaza de Santo Domingo, nombrando director a su creador el General Diego García Conde. Entre los profesores figuró el Coronel Manuel Mier y Terán.

Así el 11 de octubre de 1823 se dispuso erigir un Colegio Militar que preparara una oficialidad acorde a los intereses del nuevo Estado, la institución recibió como residencia la fortaleza de Perote, cerca de Jalapa, Veracruz.

También se consideró conveniente crear a manera de contrapeso, la milicia cívica o Guardia Nacional; a la que no se le asignaron tareas policíacas pero no llegó a funcionar por mucho tiempo.

- **Las batallas.**

En octubre de 1841 se firmaron los Convenios de Estanzuela donde se cesó al mandatario Anastacio Bustamante, se nombró como Presidente de la República al General Antonio López de Santa Anna y desaparecieron los poderes Legislativo y Ejecutivo.

En 1844, en Guadalajara se pronunció el General Mariano Paredes y Arrillaga contra el gobierno del General Antonio López de Santa Anna, apoyándolo varios Batallones en la ciudad de México y ocupando la presidencia el General José Joaquín Herrera.

Un año más tarde, el territorio de Texas quedó anexado al de los Estados Unidos, por lo que el ministro de México en ese país, Juan N. Almonte pidió sus cartas de retiro y volvió al territorio nacional.

En Rancho de Carricitos, Matamoros una fuerza al mando del Coronel Anastasio Torrejón, sorprendió y derrotó a un escuadrón norteamericano al mando del Capitán Thorton, este encuentro fue pretexto para que el presidente de los Estados Unidos, James K. Polk declarara un estado de guerra en contra de México.

Con la invasión de tropas norteamericanas a las orillas del Río Bravo violaron los tratados convenidos por ambos países y el Presidente Joaquín Herrera formó un Ejército de 6 mil hombres para defender la frontera. En este hecho, tuvieron lugar varios enfrentamientos entre ellos la Batalla de Palo Alto, el 7 de mayo de 1846, cuando el General Mariano Arista se enfrentó con el Ejército invasor, obteniendo como resultado un repliegue, ya que eran superados en número de hombres y armamento. Aun así, las tropas extranjeras continuaron su avance.

El 20 de septiembre de 1846, los estadounidenses atacaron la plaza de Monterrey, N.L. apoderándose de ésta cinco días después, el ejército mexicano se vio obligado a salir con banderas desplegadas y suspendieron los enfrentamientos durante siete semanas, tiempo que le tomó al invasor para reponer las pérdidas.

En el estado de Chihuahua, en una reñida defensa cayeron las posiciones mexicanas que habían sido organizadas por el General José Antonio de Heredia y el Gobernador Ángel Trías Álvarez, sin embargo, la Caballería de éste último, efectuó varias cargas desesperadas que estuvieron a punto de lograr la victoria pero su inexperiencia combativa se puso de manifiesto, perdiendo las posiciones obtenidas.

Aunque no se contaban con los efectivos suficientes, el derroche de patriotismo ayudó a obtener algunas victorias.

En San Juan Bautista, Tabasco (actual Villahermosa) el jefe norteamericano Matthew C. Perry, trató de apoderarse de esta entidad pero fue rechazado en tres ocasiones por una guarnición que no llegaba a los 300 hombres.

A finales de septiembre de 1846, el comandante José María Flores logró replegar las escuadras de Estados Unidos que ocupaban la ciudad de Los Ángeles, esto provocó que las autoridades emigraran a Sonora, mandando destacamentos sobre Santa Bárbara y San Diego.

El 27 de septiembre de 1857, el General Ignacio Comonfort dispuso que el Ejército Permanente tuviera: 12 Batallones y 2 Compañías fijas de Infantería, un Batallón de Artillería, una Brigada de Plaza, una División de Artillería a caballo, 2 Batallones de Ingenieros, una Compañía de Ambulancia y 6 Compañías de Caballería, entre otras unidades que fueron necesarias.

El armamento utilizado por los conservadores y liberales en la Guerra de Reforma fue muy similar, estaba compuesto por pistolas, fusiles y carabinas de avancarga, así como

bayonetas, sables, lanzas y espadas. En este periodo surgieron el Ejército Conservador y el Ejército Liberal.

Después de haberse promulgado la Constitución de 1857, el grupo conservador (liderado por el militar Miguel Miramón) vio afectados sus intereses y postuló en diciembre del mismo año el Plan de Tacubaya, en el cual se desconocía la Constitución recién proclamada, el presidente continuaría con sus funciones, se convocaría a un Congreso para redactar una nueva Constitución y posteriormente habría elecciones para nombrar presidente constitucional.

Los Cuerpos de la Guardia Nacional existentes en la capital de México y hasta el mismo presidente Comonfort por medio de un manifiesto a la nación, declararon su adhesión al Plan de Tacubaya, al igual que los departamentos de Puebla, México, Tlaxcala, San Luis Potosí y Veracruz.

En 1859, Benito Juárez es reconocido en Guanajuato como presidente por las legislaturas y los gobernadores de algunos estados, mientras que en la ciudad de México seguían combatiendo los sublevados contra las fuerzas del gobierno, e Ignacio Comonfort salía al extranjero.

El General conservador Luis G. Osollo estuvo al frente de un Ejército de 5 mil hombres quien tuvo un enfrenamiento en Salamanca con gente de Anastasio Parrodi, Leandro Valle y Mariano Moret, dándose así la primera derrota del bando de los liberales. Las fuerzas constitucionalistas al mando del General Parrodi ascendían a poco menos de 7 mil elementos, con 30 piezas de Artillería y estaban situadas al oriente de Celaya en actitud defensiva.

En mayo de 1858 el presidente Benito Juárez -junto con sus ministros- llegó al puerto de Veracruz y establecieron la capital de la República Constitucionalista, después de haber sido perseguidos por los conservadores en Manzanillo, Panamá, La Habana y Nueva Orleans.

Una vez finalizada la Guerra de Reforma, Benito Juárez decretó la suspensión de pagos de la deuda externa contraída durante los gobiernos de Antonio López de Santa Anna, Ignacio Comonfort y Félix María Zuloaga.

Ante esta medida Francia, España e Inglaterra conformaron la Triple Alianza y acordaron intervenir militarmente en México por ver afectados sus intereses económicos. A través de los Tratados de La Soledad donde se autorizó a las tropas extranjeras que reconocían al gobierno de Benito Juárez el avance hacia Córdoba y Orizaba pero España e Inglaterra, al darse cuenta del propósito colonialista de los franceses, declararon la ruptura de la alianza el 9 de abril de 1862.

En la intervención francesa, “los Chinacos” como se les conocía a los jinetes, sembraron temor en sus oponentes por su destreza con el machete, la lanza y la reata. Por su parte, los franceses contaban con “los Zuavos” un grupo de soldados experimentados, adiestrados y muy bien equipados provenientes de diferentes colonias.

Los Zuavos estaban compuestos por 6 mil 500 hombres, divididos en 1er. Batallón de cazadores, 1er. Regimiento de Línea, 1er. de Zuavos, 1er. Batallón de Fusileros de Marina, 1er. Regimiento de Infantería y varias unidades de Artillería y Servicios, al mando del Gral. Carlos Latrille, Conde de Lorencez lo que provocó varios tropiezos de las tropas mexicanas.

En Las Cumbres de Acultzingo tuvo lugar el primer encuentro entre el ejército mexicano y el francés. Ante la falta de experiencia de las tropas nacionales, el General José María Arteaga no pudo detener el avance de los extranjeros; con la llegada del General Porfirio Díaz se evitó que la derrota se convirtiera en un desastre.

La ciudad de Oaxaca fue escenario de un fatal accidente al explotar varios quintales de pólvora en San Andrés Chalchicomula, matando a más de mil soldados de la 1/a. Brigada de Oaxaca al mando del General Porfirio Díaz, agravándose las carencias del Ejército Mexicano.

El 5 de mayo de 1862 tuvo lugar una batalla en el estado de Puebla. El General Carlos Latrille, Conde de Lorencez, al mando de uno de los ejércitos más experimentados y poderosos de su época, cayó derrotado por las tropas mexicanas comandadas por el General Ignacio Zaragoza, que en esa histórica jornada abatieron el orgullo francés.

Otro de los enfrentamientos armados fue el que tuvo lugar en Camarón, Veracruz el 30 de abril de 1863. Alrededor de 65 elementos de la Legión Extranjera Francesa lucharon cuerpo a cuerpo contra 850 mexicanos al mando del Coronel republicano Francisco Paula Milán.

Napoleón III ordenó, después de la derrota de sus soldados, que se incrementara el número de efectivos del Cuerpo Expedicionario hasta superar los 23 mil hombres. A pesar de la heroica resistencia de los mexicanos encabezados por el General González Ortega, Puebla cayó el 16 de marzo de 1863, tras 62 días de asedio por parte del General Elías Forey.

A la llegada al poder de Porfirio Díaz en 1876, inició una dictadura que desembocó en la Revolución Mexicana de 1910, para entonces el ejército tuvo cambios en su ordenanza y adoptó nuevos armamentos así como sistemas castrenses parecidos a los de Francia y Prusia.

Con la caída de Maximiliano, México recuperó a plenitud su soberanía. El presidente Benito Juárez se dedicó a reorganizar la administración civil y militar, reduciendo el efectivo del Ejército.

El 1º de octubre de 1871, el general Porfirio Díaz lanzó el “Plan de la Noria” en el que se pugnaba por la “No Reección”, levantándose en armas contra el gobierno Juarista pero fracasó ante la capacidad del General Sóstenes Rocha, leal al presidente Juárez.

La asociación del Colegio Militar fue fundada el 13 de septiembre de 1871, por un grupo de ex cadetes que combatieron en 1847 contra los norteamericanos. Su presidente fundador fue el General Fernando Poucel.

A la muerte del Benito Juárez, el 18 de julio de 1872, los sublevados del “Plan de la Noria” fueron amnistiados por el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada quien asumió la presidencia por Ministerio de Ley; durante su gobierno no hubo mayor incidente pero fue destituido al pretender una reelección.

El 1º de enero de 1876, los generales Fidencio Hernández y Francisco Meixuerio, quienes nombraron a Porfirio Díaz como jefe del movimiento, promulgaron El Plan de Tuxtepec con el propósito de evitar la reelección de Lerdo de Tejada. Fue hasta el 20 de mayo de ese mismo año cuando el General Carlos Fuero, leal al gobierno lerdista, infligió

una derrota conocida como La Batalla de Icamole, en Nuevo León a los sublevados porfiristas.

El general Porfirio Díaz siguió combatiendo a los lerdistas. Una de las batallas más importante tuvo lugar en Puebla, el 16 de noviembre de 1876, y fue reconocida como La Batalla de Tecuac en donde resultaron victoriosas las tropas porfiristas pese a los esfuerzos del General Ignacio R. Alatorre.

Con la derrota en Tecuac, Sebastián Lerdo de Tejada renunció a la presidencia, la cual fue asumida el 28 de noviembre de 1876 por el general. Porfirio Díaz, quien entró triunfalmente a la capital el 21 del mismo mes. Dos años después, el 28 de mayo de 1878, el Gral. Mariano Escobedo lanzó un manifiesto en Coahuila, desconociendo al general Díaz, pugnando por el retorno de Lerdo de Tejada pero fue derrotado y aprehendido en Cuatro Ciénegas.

Después de 14 años en el Arzobispado de Tacubaya, el Colegio Militar volvió a ocupar las instalaciones del Castillo de Chapultepec el 8 de junio de 1883, nombrándose director al general Francisco P. Méndez.

Los antireeleccionistas se incrementaron desde los inicio del gobierno de Porfirio Díaz, y fueron formando asociaciones cívicas que detonaron el movimiento armado de la Revolución Mexicana el 20 de noviembre de 1910.

Durante ese año Francisco I Madero constituyó el Partido Nacional Antireeleccionista y buscó la presidencia pero fracasó y fue encarcelado. Inició una sublevación a través de “El Plan de San Luis” el 5 de octubre -apoyado por Pascual Orozco,

Francisco Villa y Emiliano Zapata - en donde hacía un llamado a levantar las armas para derrocar al régimen porfirista.

La toma de Ciudad Juárez a manos de Madero, Villa y Orozco, el 10 de mayo de 1911, obligaron a Porfirio Díaz a renunciar a la presidencia y exiliarse a Francia en donde pasaría sus últimos años. Su lugar fue ocupado interinamente por el Lic. Francisco León de la Barra.

Madero ganó la primera Magistratura, el 6 de noviembre de 1911. A finales del siguiente año el general Pascual Orozco traicionó al presidente y se enfrentó con el General José González Salas en Chihuahua resultando vencedores los orozquistas.

Sin desistir en derrotar a Orozco, en mayo de 1912, Madero envió al general Victoriano Huerta y al Coronel Francisco Villa para combatirlo; ambos militares implementaron una estrategia rápida y eficaz que de inmediato les otorgó la victoria.

Ante el acoso de los sublevados, Madero se trasladó el 9 de febrero de 1913 a Palacio Nacional escoltado por los cadetes del Colegio Militar, con esta “Marcha de la Lealtad”, el presidente reafirmó su compromiso de lealtad con las instituciones legalmente establecidas.

Aun así, continuaron las movilizaciones de rebeldes pero esta vez los generales Aureliano Blanquet, Félix Díaz, Bernardo Reyes y Victoriano Huerta abrieron paso al suceso conocido como La Decena Trágica (9 al 19 de febrero de 1913) que culminó con la muerte del presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez, el 22

de febrero de ese año. Durante estos sanguinarios días murieron varios soldados leales al gobierno, así como civiles.

A la muerte del presidente Francisco I. Madero no tardó en resurgir la inconformidad y el Gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza proclamó el “Plan de Guadalupe”, el 26 de marzo de 1913, llamando a los mexicanos a luchar contra el gobierno huertista hasta derrotarlo; por lo que se auto-nombró Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo y convocó al Congreso Constituyente de Querétaro para redactar nuestra actual Carta Magna.

- **Sedena: El fin de la evolución**

Entre septiembre de 1939 y mayo de 1945 tuvo lugar el conflicto armado más grande y sanguinario de la historia: la Segunda Guerra Mundial en el que se enfrentaron las Potencias Aliadas (Francia, Reino Unido Estados Unidos y la Unión Soviética) y las Potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón).

México se mantuvo al margen del problema hasta que debido a la suspensión de servicios marítimos internacionales se vio afectada la economía nacional por lo que incautó los barcos de los países beligerantes que se encontraban en territorio mexicano, el 10 de abril de 1941 cuando fue publicado en el **Diario Oficial**. Se confiscaron nueve buques tanques italianos refugiados en Tampico que pasaron a Petróleos Mexicanos y tres buques alemanes de carga general y pasajeros, refugiados en Veracruz que fueron entregados a la Compañía Mexicana de Navegación.

Sin embargo, en el mes de mayo de 1942 fueron hundidos los buques tanque *Potrero del Llano* por un submarino alemán frente a la costa de Florida y *El Faja de Oro*; México reclamó al Gobierno Alemán sus acciones pero no obtuvo respuesta. Por tal

motivo, el Presidente Manuel Ávila Camacho, con autorización del Congreso, declaró el 2 de junio de 1942 el estado de guerra entre México y las Potencias del Eje.

Para ayudar en la defensa del país entró en vigor el 3 de agosto de 1942 la **Ley del Servicio Militar** donde se estableció que era obligatorio para todos los mexicanos, por nacimiento o naturalización, entre los 18 y los 40 años de edad; el decreto había sido promulgado el 11 de septiembre de 1940 pero fue suspendida su aplicación.

En julio de 1944, el gobierno de México colaboró con Estados Unidos enviando al grupo de perfeccionamiento de aeronáutica a Norteamérica -reconocido en enero de 1945 como "Escuadrón 201" de la Fuerza Aérea Mexicana- al mando del Coronel P.A. Antonio Cárdenas Rodríguez quien regresó en noviembre de dicho año en forma victoriosa.

Finalmente, Alemania se rindió a los países aliados y Japón se resistió a la derrota pero con el bombardeo sobre Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, se puso fin a la guerra.

Así, el 5 de febrero de 1992, por decreto Presidencial se instituyó como fecha para celebrar en toda la República a la Fuerza Aérea Mexicana el día "10 de febrero", ya que en esa misma fecha pero de 1944, el Presidente Manuel Ávila Camacho, la reconoció a nivel constitucional como una Fuerza Armada.

Mientras que el 9 de febrero, en el calendario cívico mexicano, se conmemora el "Día del Ejército" para recordarle al pueblo la lucha contra el usurpador del poder: Victoriano Huerta.

Con el objetivo de contar con la organización suficiente para la defensa de México, se crearon **Comités de Defensa Civil** integrados por organizaciones sociales y el pueblo en general quedando bajo el mando de las autoridades designadas por la Secretaría de la Defensa Nacional.

La consolidación de la Secretaría de la Defensa Nacional tuvo una serie de procedimientos administrativos pues desde sus orígenes (Secretaría de Guerra) se vio su imposición como la fuerza armada más importante e indispensable para el país.

Así, el 22 de octubre de 1814 en Apatzingán, Michoacán, se instituyó **La Secretaría de Guerra**. Años más tarde, el 8 de noviembre de 1821 el Reglamento para el Gobierno Interior y Exterior de las Secretarías de Estado y del Despacho Universal creó **La Secretaría de Estado de Guerra y Marina**.

Cabe señalar que siguió subsistiendo intacta la Secretaría de Estado de Guerra y Marina cuando se separaron los poderes (1824) en: Federal, Legislativo y Judicial quedando a cargo del Presidente de la República y un Vicepresidente; del Congreso General y de la Suprema Corte de Justicia; respectivamente.

El 29 de diciembre de 1836 se reorganizó la política en el país estableciendo un régimen centralista y creando el **Ministerio de Guerra y Marina** dicha determinación jurídica fue ratificada el 13 de junio de 1843 en las Bases de Organización Política de la República Mexicana.

Durante la promulgación de la Constitución Política de 1857, el Ministerio conservó su denominación y no fue hasta el 23 de febrero de 1861, que con el Decreto sobre la

Distribución de los Ramos de la Administración Pública, cambió su denominación por el de **Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina**. La promulgación del decreto del 16 de abril de 1861 y hasta el firmado en diciembre de 1935 la denominó como: Secretaría de Guerra y Marina.

Por disposición jurídica el 30 de diciembre de 1939 se crea el **Departamento de Marina Nacional** (Secretaría de Marina) separándose del Ejército Mexicano y, el 1° de noviembre de 1937 cambia su denominación a **Secretaría de la Defensa Nacional** con la que se conoce hasta nuestros días.

CAP. 2. DETRÁS DEL UNIFORME: UNA HISTORIA DE INFILTRACIÓN

- **La infiltración “Rojo”**

Aquí un golpe no es sólo una forma de disciplina. Un golpe es más que eso. Se convierte en los buenos días, tardes y noches. Con cada golpe humillan, denigran y ultrajan a los soldados hasta que se rindan y deserten.



Elementos del Cuerpo de Guardias Presidenciales a la salida de Palacio Nacional. . Foto: DFD

Violaciones, golpes y despidos injustificados es lo que tienen que soportar; sufren en silencio y aguantan no hay otra opción son “hombres de acero”. Desamparados y temerosos pocos hablan y cuando lo hacen sustituyen la lealtad y el honor por el resentimiento. Son víctimas de ese oscuro frenesí y de ellos no se habla.

Me llamo Ernesto, tengo 24 años, llevo año y medio en activo. Me infiltré al ejército para conocer el modus vivendi y me di cuenta que el abuso de poder, el maltrato físico y psicológico siguen latentes.

Los soldados son la “sociedad no pensante” actúan sólo por instinto no razonan sus acciones por eso violan, asesinan y golpean a la menor provocación. No tienen conciencia, son una bola de maleantes reclutados por el gobierno para hacer el trabajo sucio.

Desde que Ernesto ingresó al Cuerpo de Guardias Presidenciales (CGP) se ha comportado conforme a las costumbres y valores de casa con el objetivo de demostrar la diferencia entre un soldado sumiso y un verdadero soldado.

La gente piensa que los militares son santos, héroes: buenos, fuertes y leales pero no, al contrario, son drogadictos, corruptos, abusivos con los más débiles. En Chiapas vi como golpeaban a gente inocente, entraban a las casas de los indígenas destruyendo lo poco que tenían y raptaban a los pobres campesinos.

Cuando entré los primeros meses me partí la madre haciendo mi mejor esfuerzo y acatando todas las órdenes, pero mis compañeros me siguieron tratando de la misma manera déspota, el ambiente se volvió cada día más peligroso; un golpe se convirtió en mis “buenas días, tardes y noches”.

Como el soldado nuevo fui el sirviente de todos. En el batallón me hacían como se les daba la regalada gana, yo era el “potro” y me tenía que chingar a hacer las tareas más difíciles y aburridas como lo marca la tradición.

Igual como en la cárcel hay reglas y se deben de acatar. Me mandaban a lavar los baños sucios y apestosos de orines “¡uta tienes que aguantar!” La regla de la tropa dice que: “para mandar primero hay que saber obedecer” y si quieres dejar de ser el mandadero tienes que obedecer y aguantar: los golpes, el robo de tus cosas (celulares y dinero), el mal humor del comandante, los entrenamientos y las rutinas excesivas de ejercicio.

Entre más fuerte eres más te respetan. Lo más importante es la fuerza física, como si eso te hiciera un mejor soldado, en los entrenamientos nada más están viendo quién aguanta poco para cambiar el castigo por tormentos. El qué dirán cuenta mucho y la burla entre los compañeros pesa aún más.

Cuando me incorporé al Cuerpo de Guardias Presidenciales tenía 22 años, me acerqué a pedir informes en un “stand” que hay en la estaciones del metro y como a simple vista cubrí los requisitos me mandaron al Hospital Central Militar para que me realizaran un riguroso examen médico para ver si no estaba contagiado de SIDA.

Me hicieron exámenes psicológicos, pruebas de sangre, orina y hasta radiografías para evaluar si mis huesos y pulmones estaban en óptimas condiciones. En el consultorio del cuartel estábamos seis personas, dos eran mujeres; el doctor pidió que los varones nos levantáramos la playera y los pantalones para verificar si teníamos tatuajes o heridas de bala en el cuerpo. Yo estaba tranquilo porque no tenía nada y sé lo que hago con mi cuerpo pero un compañero sí tenía uno en la pierna derecha.

Al chico lo separaron del grupo y ahí mismo, un enfermero puso a calentar un cautín (fierro con el que se aplica calor en un punto de la piel para convertir los tejidos en un escara), le limpiaron con un líquido el área del dibujo y le inyectaron anestesia local en tres ocasiones pero todavía le seguía temblando la pierna.

Cuando el cautín ya estaba al rojo vivo le tallaron bruscamente sobre el tatuaje. Fue horrible. Oía a quemado, se le veía la piel y sangraba bastante. “Tranquilo, no mires” -decía el enfermero- mientras seguía “borrando” la mancha. El chavo estaba nervioso, apenado con las señoritas que estaban ahí horrorizadas como yo, de ver el salvajismo con el que actuaban.

Él trataba de ocultar su dolor para demostrar que “sí aguantaba” y cuando por fin terminó el martirio le suministraron un medicamento para los nervios. Me confesó que le dieron ganas de llorar pero se aguantó por las chavas que estaban ahí, me dijo: “imagínate si me hubiera puesto a llorar, ellas iban a decir si no aguantas esto pues menos vas aguantar aquí a dentro (ejército)”.

A la siguiente semana me incorporé a mi unidad. Una vez que estuve adentro pese a las burlas y la carga de trabajo mi reto siguió siendo el mismo: demostrar que un civilón - como los militares nos llaman- puede aguantar la formación castrense basada en ofensas, golpes y fuertes entrenamientos que según ellos requieren para darse valor, afrontar sin miedo los riesgos del trabajo y creerse los “hombres de acero”.

No soy militar. Soy un hombre íntegro por eso nunca me he considerado parte de ellos. La diferencia consiste en que yo nunca he perdido mi dignidad y ellos es lo primero que les roban o dejan perder.

Yo pensé que detrás de la barraca siempre estaría entre fuego cruzado, armando estrategias de combate para atrapar a rufianes peligrosos y que al final la operación fuera un éxito como sucede en las películas hollywoodenses. Te venden una idea irreal pura ficción. Te hacen creer que te convertirás en un soldado heroico al cual se le encomendaran misiones especiales, secretas y todo te saldrá bien, pero no es así.

La vida militar en México es mucho muy diferente. Los salarios son míseros, la alimentación raquítica, el maltrato constante y las jornadas perpetuas.

En cada batallón se realizan actividades diferentes. Por ejemplo, los paracaidistas llevan a cabo cursos especiales de salto, rapel, etc.; los de sanidad tienen estudios en enfermería y primeros auxilios pero en el mío por varias semanas hice quehaceres de servidumbre, la prueba fue que me convertí en un experto en el uso de la escoba y después de mi arma.

Todos los días era lo mismo. Tenía que pararme temprano, a veces casi de madrugada, para hacer ejercicio, asistir a la ceremonia, desayunar, limpiar mi dormitorio para después barrer el patio, regar el jardín o llevar mis uniformes a la lavandería. Si me quedaba acuartelado el fin de semana mis compañeros me mandaban por su comida y cigarros.

El ejército no quiere a nadie. En mi primer día en el batallón me advirtieron el tipo de vida que me esperaba: ya no sería la misma, los guardias comenzaron a bromear y a insultarme “¡A ver si muy chingón! No demostré miedo aunque sí tenía y mucho, tomé la precaución de ignorarlo porque no sabía a qué y quién me estaba enfrentando en realidad.

Llegué temprano a la unidad aún vestido de civil y casquete corto, en mi mochila sólo un poco de ropa interior y cosas de primera necesidad (jabón, desodorante, crema de afeitar, etc.) me formaron junto con otros diez hasta que un sargento se dignó a conducirnos al dormitorio.

Era un cuarto frío, obscuro pese a los ventanales, no había cuadros ni retratos de los huéspedes nada de recuerdos más los que se llevan en la memoria; dos hileras de camas cada una con su “locker” trazan el ancho pasillo y al final de éste el escudo del Cuerpo de Guardias Presidenciales y las fotos del Secretario de la Defensa y su gabinete para que nunca olvidemos a quién nos debemos.

Me tocó el catre más viejo porque a esa bola de resortes viejos y duros no se le podía llamar cama. Acomodé mis cosas en un cajón pequeño. Me entregaron mi uniforme, empezaba la transformación de “hombre a máquina” mientras el toquín de una corneta y el redoble de los tambores – desconocido hasta entonces para mí anunciaba algo, no sé qué era pero parecía ser especial.

Una multitud de hombres uniformados nos concentramos en el patio. “¡Cabo formación!”, ordenó el instructor. Sin mayor conocimiento nos acomodaron al frente de un micrófono permanecimos siempre firmes hasta que un militar cuarentón de bigote y lentes de aumento salió de la dirección y se posicionó para tomar la palabra.

Mi bienvenida fue un discurso machista. El comandante nunca ha sido diplomático y esa mañana tampoco lo iba a ser. Recordó las hazañas del ejército y apuntó que faltaban muchas más, tal vez, uno de nosotros sería el protagonista: "Somos soldados y hacemos trabajos de hombres, ya nada se les va a pedir por favor no están para eso. No están en su casa en donde entran y salen a la hora que quieran, se acabaron los tiempos de ocio; aquí estamos buscando hombres de acero...".

Se creen psicólogos de la vida. Nunca tuve un amigo sincero -por lo menos no al principio- sólo compañeros que me metían miedo en cada una de sus pláticas: “tienes que obedecer para que no tengas problemas” trataron de hacerme a su modo: sumiso. Una orden es una orden, es el chantaje con el que debes aprender a vivir pero sin practicarlo porque dependerá de cada quien si se traga o no el cuento y, si lo aceptas es porque piensa abandonar una parte de ti mismo: tu dignidad e integridad. Yo nunca accedí.

Ernesto vuelve a recordar “la bienvenida” y declara: *Nunca estuve de acuerdo con los abusos y cuando veía que alguien se pasaba con otro compañero le aconsejaba al agredido*

que diera parte al superior porque eso era ofender su dignidad -como antes se hacía, cuando un superior escupía su bota y obligaba a un subalterno a limpiarle- pero me ignoró y prefirió aguantarse.

Si no eres macho como ellos entonces eres marica. No fui el único que defendió su idiosincrasia algunos compañeros quisieron diferenciarse del montón de conformistas pero desistieron en el intento ante la clara desventaja de uno contra todos.

Es una guerra psicológica, te empiezan a ladillar (chingar) y hacen comentarios agresivos entre la tropa: “fulano de tal es un pinche maricón porque no aguanta, es un poco hombre” no te dejan de molestar hasta que te bajan la moral para que te unas a su bando o te retires.

Yo empecé a documentarme sobre la Ley Orgánica que rige al ejército para conocer mis derechos y obligaciones y, demostré que sí se puede. Si me daban una orden contraria -aquellas que dañan la dignidad- me negaba y les contestaba con un artículo, un amigo se dio cuenta de mi manera de conducirme y me apodó “Rojo” él no se atrevía a revelarse, bueno a veces, por eso lo bauticé como “Rosa”, el entrevistado ríe de su ingenio para los motes.

Mis camaradas me criticaron mucho porque decían que jugaba a ser “artista de la dignidad”, no sé si lo era, sólo sabía que arrastrar la camisa y doblar las manos no estaba bien y mi dignidad nunca la iba a perder, menos ahora que estaba incorporado porque la aprecio más.

- **Detrás de la barraca**

“¡La bandera es tu madre y yo soy tu padre!”, me dijo un Mayor. Si hablo mal del ejército se enoja. La última vez fue hace unos días, discutimos muy fuerte y enfurecido me pidió que no lo volviera a hacer, pues según yo no sabía lo que hacía. Él como muchos otros ya se tragó el discurso que la milicia es otra familia y es lo máximo.



La tropa. Foto: DFD

Ernesto confiesa con sentido del humor: “¡qué onda con mi nueva familia! mi papá está bien feo, ni modo”

En la compañía, yo era el más grande en edad y me vino un sentimiento de hermano mayor. El único recuerdo bonito que tengo de aquí (ejército) es que los cuidé, traté de alejarlos de las desigualdades del infierno mismo pero su flojera pudo más y no le echaban fibra, llegaban tarde con el uniforme sucio y sin rasurar.

Por esos días leí la biografía de Ernesto “El Ché” Guevara y oía que todos decían: “oiga comandante” Ernesto carcajea y burlándose dice: “¡órale, éstos se creen comandantes pero ¿de qué patrulla?”

El castigo preferido de la tropa es el ejercicio. Les ordenan hacer 50 o 100 lagartijas: tirados boca a bajo, apoyándose con los puños de las manos sobre el pavimento caliente. Es brutal, terminas con los nudillos sangrados y dislocados. Algunos no es que no puedan sino que no están acostumbrados a ese “tipo de adiestramiento” y se paran en las primeras 10 o 15 y peor para ellos si lloran -unos sí lo hacen- porque va en aumento la rutina. Yo casi arrastrándome pero las termino.

Cuando los sancionan me pongo a hacer el castigo junto con ellos y si veo que alguien se siente mal, decepcionado; le aconsejo que mejor le hable a sus papás y se retire: “Si vas a llorar por lo que te hicieron hoy, mejor vete es malo para tu salud, te van a seguir atormentando hasta volverte un enfermo mental”.

No quiero crearme el mejor soldado sólo trato de que no se metan conmigo porque se convierten en robots a merced de un controlador ya que el trabajo del recluta es tener la cabeza fría para decir “enterado” es la única respuesta que pueden dar ante cualquier orden.

Les gusta llamar la atención y se sienten superiores. Un cabo se puso rebelde pero a lo pendejo. El paisanito se creía muy chingón porque había sido policía en Michoacán, no entendió que su tiempo de gloria había terminado y ahora era uno más. Ignoro por qué le chistó la boca a otro cabo y comenzaron a discutir, primero de broma -o así parecía- después vinieron los golpes.

Se armó un relajo en el cuartel. Un auténtico mercado persa. El capitán no tardó en llegar y en vez de llamarles la atención les dijo sínicamente: “¿quieren pelearse? pues háganlo como los hombres” y los puso hincados frente a frente para abofetearse porque según ellos el revanchismo se traduce en “falta de hombría”.

En cada golpe su mejilla se ponía más colorada pero ninguno se rendía, al contrario, la intensidad de las cachetadas fue en aumento, algunos curiosos no dudaron en sacar su celular y filmar el duelo. Sus cuerpos tambaleantes y la cabeza como hilacho anunciaron que el show había terminado. Como un auténtico cabrón, el jefe los paró tirándolos de la casaca para darles la última cacheta.

“¡Qué poca, no tiene corazón!”, reclama Ernesto. Tal parece que los golpes no fueron suficientes hay que denigrarlos aún más. Sentí pena e impotencia por ellos, no podía quedarme como un espectador más.

Me sentí tan mal que me le puse enfrente al jefe para que ya no les pegara pero el infeliz me dijo: “¡como no les voy a pegar y a ti también, además mal entonado hijo de la chingada...!” “Rojo” ríe ante su impertinencia. Me jaló del uniforme, levantó su mano haciendo la finta de que me golpearía pero no lo hizo, dio la media vuelta y se retiró. Todos se hicieron los disimulados porque adoptan una actitud de risa: si el jefe ríe ellos también, si pone serio actúan igual.

Esa ocasión la recuerdo bastante porque cuando entré con ellos al baño vi como les estaba saliendo sangre de la nariz y la boca. Seguían picados pero ya no tenían ganas de pelear.

No eran maliciosos los paisas sino tarugos, o por lo menos, no tuvieron la suficiente astucia para darse cuenta que cayeron en el juego del verdugo y “se abarataron” entre ellos mismos.

Me enoja la injusticia, no hacer algo para evitarla, quisiera callarme y decir: “me vale, al fin no son de mi familia”, pero es algo superior a mí. Mi mejor amiga ha sido la lealtad y la conozco desde siempre.

Ahora ya no aguantan nada, es muy curioso ver cómo lloran soldados cuando los arrestan y no puede ir a ver a su novia. “¡Qué pasó soldado! ¿Cómo lloras porque te nombran un servicio?”, les digo.

Trato de no hacerlos sentir mal porque aunque no los conozca a fondo, sé que son seres humanos y aunque resulta ser más sencillo hacer enemigos en esta multitud de tiranos, trato de llevarme bien con todos. Por ejemplo, a los nuevos los llamo mis antigüedades así se le llama a las persona que ingresan junto uno. Se les hace raro a los milicianos que los trates de manera amable.

En una ocasión habían regresado los soldados del Curso de Adiestramiento Básico Individual Regional (CABIR) “¡Hey antigüedad!”, le dije a un cuate que veía por primera vez; los demás del grupo se quedaron viendo raro y otro contestó: “¿su antigüedad? si usted entró hace como 10 años. Para antigüedad su gorra o sus botas que ya están viejas” aquí te denigran hasta decir basta.

Si un día los llego a encontrar en la calle -cuando ya no sea militar- me gustaría que se acordaran de mí y me saluden por eso no soy mala onda con ellos y, los que lo hacen no saben el daño que les causa su desaire, los vuelven resentidos. Cuando un cabo (siguiente grado de soldado) asciende, le viene una fiebre de superioridad y cree que corre para Secretario de la Defensa y trae movidos a todos. Es un síndrome que da el poder.

Es común que la sociedad civil reaccione de esta forma ardida pero en el ejército resulta extraño porque si a todos nos tratan como peones comprendes que la situación ya no debe de ser así. Cuando eres cabo tratas de no hacer sentir mal a la gente -como lo hicieron contigo, por eso si algún día llego a obtener un grado evitaría verme mala onda con la gente nueva.

El mando los vuelve fríos y calculadores. Cuando obtienen una cinta de algún grado superior como cabo, sargento o se les otorga temporalmente un poder, los militares

cambian muchísimo; se olvidan de quiénes son y miran al resto de la tropa por arriba del hombro. Eso es lo único valioso.

Si voltean a ver a otro militar en lo primero que se fijan es en los hombros para ver la categoría (tropa, oficiales y jefes) y lo único que piensan es: “lo saludo o no,”; si son cabos los ignoran, en cambio, si es General hasta se cuadran.

- **Correctivo disciplinario**

“La orden de un superior se debe obedecer sin cuestionamientos ni miramiento y a paso veloz”, es una de las reglas dentro del batallón. En una ocasión, me ordenaron lavar la camioneta de un teniente sabía que no estaba dentro de mis tareas y me encabroné: ¡ah chinga, lava carros no soy!



Soldados del ejército pulen detalles momentos antes del desfile. Foto: DFD

El jefe se dio cuenta de mi molestia. Empezó a gritarme más fuerte. Sin contestarle ninguno de sus insultos y con descarada pereza empecé a lavar el carro fue como una especie de desafío para ver quién aguantaba más.

--¿A qué hora lo haces?, me preguntó mi teniente.

-- Ahorita, le contesté riéndome.

--¡Hazlo rápido cabrón! , ¡te dije que le tallaras bien!

--Es que no se quita, le contesté con la misma sonrisa.

Yo estaba muy molesto porque no terminaba de lavar su carro y era la hora de mi salida. Me dirigí con respeto al jefe y le dije: “oiga mi teniente, hoy es mi día franco y ya estoy a punto de salir...”, ni siquiera me dejó terminar cuando me entregó un racimo de llaves de otro güey que ni conocía.

Sé que uno de la tropa nunca le va a ganar a un oficial, pero no iba a dejarme y por orgullo propio seguí con la tarea; él se dio cuenta que no estaba haciendo bien las cosas y se desquitó de la manera más cobarde: arrestándome (quedarme en el batallón sin derecho a descanso), la libertad es algo que los soldados anhelan.

Hay colegas que se arrastran por 20 pesos y la hacen de lavacoches se ofrecen diciendo: “oiga mi jefe le ayudo a lavar su carro”, el teniente pensó que era uno de esos barberos pero se equivocó y resistí al castigo. No era de su agrado y me hizo la vida imposible.

Aun así, jamás quité el dedo del renglón y demostré que me podía medir de tú a tú con un sargento segundo, teniente, coronel con lo que fuera; los militares tienen un complejo de superioridad cabrona, no tienen educación, se bajan de su camioneta escoltados por guaruras, pasan al lado tan arrogantes como siempre y ni siquiera se dignan a saludarte. Yo digo: ¡qué onda con su educación! Si esos son los que van a dirigir al país estamos perdidos".

En la tropa, la mayoría es gente humilde. Muchos no crecieron en un seno familiar y se refugiaron con amigos viciosos. Cuando los arrestan, aún sin ser culpables, se afligen porque no verán a la familia y empiezan a buscar un “arreglo”.

El encargado de pasar lista tiene una tarifa establecida, el pago va de los 80 hasta los 150 pesos según la urgencia por salir, cuando es hora de pasar lista, él mismo se encarga de firmar la asistencia.

Los camaradas hicieron suyas las mañan y va a ser muy difícil aniquilarlas porque de ellas dependen. Un militar no debería ser corrupto pero lo es, ni modo, así tenemos que trabajar te guste o no tienes que aguantar. “Rojo” reflexiona un tanto resignado.

En una gira (del Presidente Vicente Fox) a Cancún, me tocó hacer guardia en el aeropuerto para controlar la seguridad del lugar. Llegó un oficial y comenzó a darme unas instrucciones, sin querer fruncí el ceño porque el sol me estaba dando en la cara y me lastimaba bastante, de repente me dijo: “¿de qué te ríes cabrón? ¿estás arrestado por reírte de mí!”

¡Huy! en primera que me digan cabrón o que me llamen como no me deben enfrente de la tropa me saca de onda y me molesta bastante aún así me concreté a contestarle: “no me estoy riendo”.

El jefe insistió que le había faltado al respeto y me repitió: “¡No me grites cabrón! y ¡guarda silencio!”

Terminé de registrar a las personas. Supuso que me iba a acercarse a pedirle una disculpa: “oiga oficial, con todo respeto no me estaba riendo pero ¿cómo nos arreglamos?” porque la corrupción es a todos los niveles y en la tropa es más descarado pero se quedó con las ganas; todavía tuvo el cinismo de decirme: “Al rato no quiero verte con tu pollo bien frío y tu Coca (refresco) bien caliente”, entonces sí me reí.

Cuando regresé a mi destacamento me informaron que tenían un “cheque” por reírme de un superior, por consecuencia quedaba fuera del equipo de reclutadores. Fue tanto su coraje que me expidió un arresto por 15 días, él pensó que iba a tocar mi sensibilidad para rogarle pero tengo dignidad y no caí en su juego si de por sí gano poquito como para darle mi quincena.

Pocos aguantan el correctivo disciplinario. Se empezó a correr el rumor que me iba a dar de baja. Un sargento -al cual ya tenía bastante tiempo de no verlo- me advirtió que mi “hueso” (salir a la calle a reclutar) era el principio de lo que me esperaba con ese güey como enemigo; no me asusté pero sí me preocupé porque ya tenía contemplado mi próximo ascenso.

- **Juego peligroso**

En esta enfermedad que ingenuamente eligen pero nadie soporta se padecen los mismos dolores y cicatrices: los golpes. Con culpa o sin ella nadie está exento de un garrotazo en las nalgas.

Un sábado, un grupo de camaradas estábamos jugando a ser el “jefe de la sección” y al calor de las copas, el oficial dijo que nos quería dar nuestra “despedida” porque varios cambiaríamos de servicio.

Durante el brindis salió a la plática que quién había “gozado” un tablazo, la mayoría levantó la mano pero un cuate que entró junto conmigo dijo que “Rojo” –o sea yo- siempre me ponía de mamón y me creía muy chingón con mi librito en la mano.

El comentario pasó desapercibido y seguimos cotorreando hasta que llegaron los cinco minutos de la plática y el oficial preguntó quién iba a ser el “primer valiente”; al final cuando todos habían pasado me dijo: “¿entonces, no?”, “no, mi comandante yo paso” respondí. Si no cambié mi arresto por un tablazo para no perder mi integridad menos lo iba a hacer ahora que veía cómo se dolían los compañeros del golpe.

Estaban formaditos uno tras otro, me compadecí del último de la fila que de ver tanta nalgada le dieron ganas de “rajarse”. El jefe estaba ilusionado, emocionado y aferrado a su “bate”, lo meneaba con tanto coraje y se emocionaba en cada víctima, que guardaba fuerza para los más de 10 que faltaban.

Altos y pequeños, gordos o flacos, desconocidos o amigos eso le importó un carajo. “El que sigue, cabrón”, no reparó en azotar a los compañeros de trabajo, cuando se cansaba, tomaba un trago para continuar liberando su ira.

Es extraño ver a un militar quejarse de un dolor pero esta vez más de uno fue la excepción. Pocos se salvaron, yo no corrí con la misma suerte, al contrario, mi antigüedad siguió ladillando y no tuve otra opción que aceptar para no verme “mamón”, al fin al cabo era sólo un juego.

Sí me dio miedo. Lo acepto. Mi corazón latía muy rápido, parecía un niño asustado por haber hecho una travesura mamá había descubierto pero ya no podía echarme para atrás y me puse en “posición”.

Todos estaban despilfarrados en las camas por el puro morbo de ver. Apenado fui hasta donde estaba la zona de castigo: el pasillo. Dieron el último brindis. Me incliné

hacia adelante, puse las manos sobre mis rodillas y apreté todo mi cuerpo para no sentir tan fuerte.

“A la 1, a las 2 y a las 3”, todos corearon mi desgracia. Quedé en una especie de shock, mis sentidos se ausentaron, por un momento sólo sentí un empujón que casi me tira, luego vino un ardor insoportable en todo mi cuerpo.

Dice “Rojo” avergonzado:

Ese garrotazo fue el primero y único en toda mi estancia en el ejército, nunca lo voy a olvidar. Me dolieron las asentaderas como una semana ni siquiera podía sentarme y hasta dormía boca abajo.

Hasta ahí todo iba bien pero la antigüedad quiso hacerse el chistoso e intentó pegarme. “¡Aguas con que me ponga una mano encima!”, al mismo tiempo que detenía su puño que iba directo hacia mi cara, “¿te vas a poner digno?” contestó en tono retador.

Le hice ver que ya estaba en un estado impertinente y lo mejor que podía hacer era retirarse. Varios compañeros intentaron calmarlo, inclusive, el comandante pero seguía en su plan necio y nos fuimos a los golpes...bueno, más bien sólo esquivé sus puñetazos porque no le quise seguir el juego.

Fui a dar parte al capitán. Le expliqué lo sucedido y sólo se concretó a decirme: “negativo”. Entonces, me di por enterado que un superior nunca será condescendiente con la tropa, sería como perder autoridad. Los verdes no respetan las reglas, supuse que aquí sería otra la situación pero me di cuenta que estaba en la misma situación o un poquito peor porque aquí no salen las cosas a la vista pública.

- **Misión “Conquista”**

La soledad es la mejor compañía. Te das cuenta de que estás solo y aunque es cuestión de resistencia resulta inevitable ponerse melancólico.

En mi CABIR nadie me fue a visitar. Estuve más de diez semanas solo, encerrado las 24 horas del día sin derecho a salir bajo ninguna circunstancia, excepto los días jueves se permitían las visitas pero yo nunca esperé a nadie.



Un soldado descansa sobre un tanque de guerra. Foto: DFD

La situación económica en casa estaba muy difícil y mis papás no podían darse el lujo de gastar para ir hasta Temamatla, Estado de México cada semana pero todo ese tiempo me sirvió para valorar mi libertad conocerme a mí mismo, buscarle solución a mis problemas; cuando bajaba la guardia mi presión a través de algún deporte para no deprimirme.

Cada jueves era día de fiesta. Desde que despertaba notaba el ambiente distinto, alegre, ese día no había malestares de ninguna índole, al contrario, se “relaja la disciplina” (cotorrear) aunque estaba prohibido, nos apoyábamos en las tareas para terminar rápido y estar bien guapotes para la tarde.

Los casados esperaban la llegada de esposas e hijos, los solteros tenían ilusión de ver a la novia o a los amigos pero no todos recibían visita, en esos momentos se mide la fortaleza de cada quien. Se siente feo cuando nadie te visita, un amigo se deprimió bastante, no aguantó estar sin su familia tanto tiempo y desertó. Los ves desfilar.

Cuando era civil me gustaban las fiestas pero casi no iba, prefería quedarme en casa o salía con mis amigos a un bar a tomar una cerveza y a debatir como buenos “ñoños” sobre temas políticos.

No somos dueños del tiempo, no nos pertenece. Cuando firmé mi contrato me hicieron saber que debía estar disponible los 365 días del año y las 24 horas del día, pensé que me lo decían para espantarme, aunque con el paso del tiempo comprobé lo contrario; no existe el Año nuevo, Navidad ni nada de esas “fechas especiales”, todos los días son iguales...no hay nada que festejar.

Yo me aislé de la familia, no por gusto sino por el horario de trabajo. Por ejemplo, mi hora de salida era a las cuatro de la tarde, pero en lo que me bañaba y preparaba mis cosas, me daban las seis, más dos horas de trayecto hacia mi casa y, al otro día debía pasar lista a las siete de la mañana, entonces prefería quedarme en el batallón.

Es muy rara la vez que voy a casa, cuando lo hago mis vecinos se han detenido a preguntarme si me dedico a viajar porque notan mi ausencia y ven que llego con mis maletas, evito al máximo dar explicaciones, sobre todo de mi trabajo.

Un día vi a un compañero de la universidad y no quise saludarlo porque él es muy explosivo, nunca comprendería que soy soldado, al contrario, me vería como traidor y no estoy dispuesto a dar una discusión en la calle por eso prefiero mil veces verlos vestido de civil aunque cuando nos vemos no dejan de preguntarme sobre mi trabajo, no sé si me creen pero les digo que estoy en una empresa de seguridad grande.

En el batallón se vive una “hueva” tremenda. Si una persona ajena entrara al dormitorio se sacarían de onda porque van a ver personas tiradas en el suelo mirando la televisión envueltas en “sleepings” porque se la pasan en la siesta: duermen seis horas y montan (horario de trabajo) tres; si no están viendo “las puercas” (revistas pornográficas) hasta con ver a mujeres desnudas se conforman.

Hace tres días el oficial nos puso a jugar fútbol porque él quería jugar y nos dio la orden para formar los equipos, quienes no tenían tenis o no tenían ganas relevaron a los que sí querían.

El encierro los vuelve unos machos resentidos, ya se acostumbraron a un ritmo de vida, se ven como unos extraños con las personas civiles aunque en el fondo están ansiosos de conocer gente nueva y diferente a ellos.

Con la madeja de mitos que se teje alrededor, las chicas se derriten cuando nos ven con el uniforme; hay muchos que por naturaleza son coquetos y se inflan más cuando se disfrazan de militares y es “natural” porque estar encerrado sin ver a tu pareja o sin salir a bailar como cada viernes lo hacías, es difícil.

No niego que me halaga ver cómo jovencitas bien guapas me echan miraditas coquetas en la calle, pues no estoy acostumbrado a verlas a mí alrededor pero marco la diferencia porque nunca falta el corriente que la encuere y le diga leperadas. No me considero feo pero sí soy caballero y no me atrevo a portarme de esa manera, aunque los patanes tienen bastantes novias.

Cuando nos mandan a otra unidad, en lo primero que se fijan los compañeros es en el trasero, yo no lo hago porque tengo mamá, primas y novia, además soy muy respetuoso pero con el tiempo caí en el absurdo de “seguir la corriente”. Ernesto se pone colorado al confesar su comportamiento.

En el arte de la conquista era lentísimo. En un principio acataba la orden al pie de la letra porque no sabía cómo se manejaba la situación, pero después veía a mis compañeros como aceptaban un beso a cambio de algo sin afectar nada.

*En los servicios de conferencias como el **Foro del Agua** convivimos con edecanes que son severamente guapas y no puedo pasar por alto verlas de pies a cabeza, cuando no lo hacía, decían que era choto (homosexual), por un tiempo ignoré esos comentarios pero llegó el momento en que pensé que sí se lo iban a creer y, si una chava se interesada en mí, le iban a decir que me gustaban los hombres.*

Ernesto se ríe:

En los camiones es peor, no se puede controlar a los compañeros y queman a todo el cuerpo porque empiezan a “tirar rostro” (coquetear) o como yo digo a “tirar monstruo”.

En un viaje a Cancún, el último día, un grupo de amigos y yo fuimos a bailar a un antro. No estuvimos más de cuatro horas ni siquiera nos embriagamos pero cada quien ya tenía un plan.

Éramos siete. No llevamos dinero para pagar una mesa y decidimos quedarnos parados junto a la barra, comenzó la música, las nenas con sus minifaldas y escotes llenaban la pista. Al otro extremo de la barra estaba otro grupo de chavas que no estaban

nada mal (Rojo baila sus cejas de manera pícaro), parecían unas muñequitas con su cinturita e intercambiamos miradas. “Largo”, un compañero de músculos marcados, güero y de ojos claro se apartó a la más guapa.

La invitó a bailar y de ahí cada quien agarró pareja. En cuestión de minutos ya se estaban besando, después se desaparecieron; regresaron como si nada pero son muy pesados en sus bromas y un cuate le dijo “¿te pusiste gorrito?” y él sin ninguna pena contestó que no. Yo no podía creer que había tenido relaciones sexuales, otro acompañante me confesó que era de lo “más normal” si no le creía, que fuera a darme una vuelta al baño para convencerme y así lo hice.

La mayoría de los baños estaban ocupados, entré a uno vacío y miré los pies de dos personas que por su posición supongo estaban frente a frente, caí en cuenta que los mis amigos se iban al baño para tener sexo con cualquier mujer sin importarles los riesgos de las enfermedades, el SIDA y todo lo demás.

En esta gira teníamos prohibido ir a la playa, a un bar sin en cambio lo hicimos. Me sorprende y digo ¿cuándo seré como ellos? aunque todo es cuestión de “colmillo”. Ernesto remata con una sonrisa

Donde nunca falla el ligue es en las ceremonias, ese día el que está solo es porque quiere. Un día nos encomendaron resguardar un hotel en donde se llevaría a cabo una reunión en Villahermosa, Tabasco, así que el encargado de la compañía nos informó que debíamos estar una hora antes del evento.

Cuando nos bajamos del avión, la gente se dio cuenta que éramos los chicos del Estado Mayor Presidencial y hasta nos hicieron valla, me emocioné pero no me di mi “taco” porque no soy muy expresivo, además ya estaban los camiones que nos llevarían al lugar de conferencia para esperar el arribo del Presidente.

El hotel era muy lujoso. Ahí hasta las recamareras tenían un cuerpazo. Todos los guardias caminaban derechitos, elegantes hasta sacaban más el pecho; andaban a la caza; el uniforme les da la seguridad de sentirse importantes y creen que son alguien por primera vez en su vida.

Era un coqueteo masivo. Hubo intercambio de sonrisas, miraditas y por supuesto que de números de teléfono. Cuando terminó la junta una mujercita se me acercó y me invitó a comer, por más que resistí no pude negarme, pues en lo primero que me fijo es en el rostro y si veo que es guapa pues me considero apto para ellas y continué con el cortejo.

No pasó de una salida a comer porque ese mismo día nos regresamos, pero detecté el pegue que tienen los soldados, no importa el físico, rango, ni los buenos modales, la higiene -son muy desaseados, no se bañan por iniciativa- el secreto está en el uniforme.

Los baños del batallón no tienen puertas ni bardas que los divida, sólo las regaderas que penden de la pared pintarrajeada con leyendas como: “el sargento tal va a morir”, “ya pronto serás civil”, “échale fibra”, “aprovecha tu familia”, “desértate”; Ernesto aclara: aunque te piden antecedentes no penales cualquiera pensaría que estos cuates ya estuvieron en la cárcel

Varios coinciden a la hora de la ducha y empiezan a echar cotorreo diciéndose: “tienes buen trasero”, “estás pobre porque quieres”, “¿vas a querer?”. Hay quienes se nalguean y se arriman sus partes, al principio, era divertido pero ahora me resulta repugnante y me pongo de malas.

- **La mujer del cuartel**

La pornografía circula mucho por en el batallón. Los militares se conforman con una mujer que les describe sus fantasías, no está mal pero no saben diferenciar entre la ficción y la realidad y cuando ven a una chica en la calle piensan que ella lo escribió, la convence y se van a un hotel.



Aspecto de un dormitorio militar. Foto: DFD

No siempre es necesario salir a buscar, ellas solitas llegan. Una vez estando en el servicio de la puerta una chica se acercó al batallón. Era de aspecto desalineado, vestía ropa vieja, entallada; se veía drogada pues decía puras incoherencias y actuaba como loquita, como que no conectaba bien sus cables y empezó a tutearme.

Eran las nueve de la noche. A esa hora el rumbo está solo y prácticamente el paso de peatones y automóviles es inexistente, comenzamos a platicar y me dijo: “Venía a conocernos”.

Ignoro quién de los compañeros la conocía, supongo que los mismos oficiales ya saben de “la visitadora”, pues estaban al frente del servicio y sólo ellos pueden autorizar

el acceso a cualquier persona extraña, ella ya sabía que sí le daban permiso siempre y cuando se mochara con un porcentaje para el jefe.

Un guardia pidió “chance” al capitán para que entrara una amiga que había ido a visitarnos. Después de uno 30 minutos -que demoró la autorización- un soldado fue a la puerta en donde me encontraba con una chamarra y gorra verde olivo; ella ya sabía lo qué debía hacer.

La mujer vestida de militar pasó al destacamento. La detuvieron a la entrada del dormitorio mientras preparaban la cama, al mismo tiempo que salían todos, para después, entrar uno por uno por uno.

Mientras se escondía en el baño de visitas, dos soldados escogieron la última litera del dormitorio. De la cama de arriba se descubrió la colcha hasta cubrir el colchón de abajo para hacer lo que quisieran en esa improvisada cabina sin que nadie los viera.

El dinero no era problema, todos tenían y si no, conseguían. La tarifa era de 50 y 100 pesos, a mí me resultó gracioso escuchar cómo se empezaban a dar “tips” para tener una mejor erección, posiciones y cuestiones de ese tipo, de los 40 elementos de la compañía, 20 se animaron. Calificaban a la mujer de cabeza y buena para el “negocio” ya estaban formaditos en espera de su turno. Platica “Rojo” con un poco de morbo.

Para mí como muchos otros era la primera vez que veíamos eso. Es tanta la urgencia que les vale usar condón, de ir a un bar en donde se exponen a una trifulca, pues mejor aprovechan el “servicio a domicilio”.

Los suertudos son el primero y el último -como si eso alivianara la asquerosidad- porque se bañaban juntos. Un amigo que casi me lo invitaba me dijo afligido que la chava ya no quiso porque estaba cansada, o sea, no era ni siquiera por feo.

Salieron hechos unos hombres. Con actitud machista se pusieron a describir cómo hicieron el acto “¡cómo platicas eso güey!”, le dije a un cabo cuando tocó el límite de mi pudor.

Lo mismo sucede con los “tíos” (homosexuales). Se camuflajan más fácil porque son físicamente hombres, en esta zona de Polanco se cree que los “gays” son de dinero y si los soldados están dispuestos a la flagelación a cambio de dinero o unas cervezas se pasan el número de teléfono.

La homosexualidad no es exclusiva de la tropa. Hay señores (militares) que yo les tengo un gran respeto y cuando veo que piden el celular de un tío, supongo que es porque necesitan dinero, pero los casados con qué moral ven a sus hijos después de tener relaciones con otro hombre.

- **El Incondicional**

En febrero de 1989, Luis Miguel estrenó su video clip “La Incondicional”, ahí el joven interpreta a un piloto aviador que se separa de su novia para ingresar al Colegio Militar.

Durante el internado, el cadete adquiere un porte marcial, se viste con uniformes originales, realiza pruebas de paracaidismo, rapel, natación y tripula un avión F5; el más veloz de la Fuerza Aérea Mexicana. Sin embargo, lo destacable del video es que muestra el estilo de vida y sentimiento del militar que añora la presencia de sus seres queridos.

Cuando Ernesto supone que “*La Incondicional*” pudo ser una inspiración para entrar al Ejército Mexicano, se ruboriza y carcajea. Para restar pena se cubre poco a poco el nombre y los escudos que lleva bordados en su casaca verde olivo.

Me cuesta trabajo ubicar el momento donde decidí inscribirme al Ejército Mexicano. Me llamaba bastante la atención vestirme de militar, tener un arma, saltar de un helicóptero con paracaídas y verme galán como ese güero, pero me causa vergüenza suponer que “La Incondicional” fue lo que me llevó a inscribirme.

La música de Luis Miguel no me gustaba, decía que era de niñas, apenas si escuchaba a Ricardo Arjona y eso a veces porque mi verdadera pasión, o no sé si llamarlo machismo, estaba en el rock urbano de la Banda Bostik y el Tri.

Los sábados salían video clips en un programa de televisión. Ahí vi por primera vez la canción que alborotaba a las chicas y era herramienta de ligue para los varones; tuve que escucharla más de una ocasión porque nunca le ponía atención hasta que un día miré detenidamente y dije: “¡Luis Miguel vestido de militar, con novia y hasta es aviador!”

Me impresionó la transformación que hicieron en él, desde su aspecto físico - cuando le cortan el cabello- hasta su comportamiento en la sociedad cuando va a una cena-baile con uniforme de gala, esa escena me quitó mis complejos machistas y me imaginé cómo sería yo de militar con una historia de amor así.

Ernesto no deja de reírse y aunque trata de recuperar su aire marcial ya no sabe ni para dónde voltear. *Inicié una serie de cambios, me interesé por las cosas que antes tachaba de “cursis” como las novelas, las películas de melodrama; no quería ser igual que*

Luis Miguel que le prohíben ver a la novia pero sí había ciertos aspectos de ese “nuevo estilo de vida” que me llamaban la atención y quería tenerlos.

Yo tenía dos cualidades para ser como él: la disciplina y el deseo de superación cuando deja de ser un adolescente enamorado para convertirse en piloto aviador. No iba a ser lo mismo pero me sentí una joya a la cual debían pulir.

- **La Otra inspiración**

La noche que cumplí 18 años fue la más triste de mi vida. No dejé de ver la palma de mi mano para ver el momento en que crecería la línea de la vida y me convertiría en mayor de edad.

Año con año venía la angustia de saber que estaba creciendo ¿a qué hora? no sabía y sin sentirme preparado para enfrentarme al mundo de las responsabilidades, me refugié en la melancolía por el hecho de saber que dejaría de ser hijo de familia -que iba a la escuela, hacía su tarea y se ponía a ver la tele- para convertirme en un joven responsable de sus gastos, deudas y aportar dinero a la casa.

Ernesto regresa la mirada -hasta hace unos instante perdida- a la palma de su mano y vuelve a buscar como hace seis años la línea que delate su mayoría de edad, pero las lágrimas en sus ojos no lo permiten.

Inicié la carrera de sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y al mismo tiempo me puse a trabajar en la cafetería de la escuela, así cursé los primeros trimestres. No obstante, seguía con la meta de ser el mejor y lo estaba logrando hasta que un día mis papás me dijeron: “sabes qué nos hace falta dinero, ya no se puede”.

“¡Ah pues sale!”, les dije. Seguí trabajando en lo que pude para mantenerme mis estudios, a mí me gustaba mucho las cuestiones políticas, la historia de México, etcétera; me volví un poco grillero y mis papás me reclamaban que andaba de vago en lugar de buscar un trabajo seguro. Mi papá decía que ir a las marchas con esos grilleros no me iba a dejar nada bueno.

En el 2000, cuando apenas comenzaba la guerra de Irak, me acerqué a los movimientos sociales, a las marchas; no por desmadre pues mis amigos de la universidad y yo éramos un grupo consciente que veíamos como nadie hacía nada o pocos decían algo.

De antemano sabíamos que no detendríamos las bombas con gritar: “no a la guerra!” pero nos conformábamos con demostrarle al gobierno que había una parte de la sociedad inconforme a través de bloqueos, con el cierre a las secretarías o boicots a tiendas.

Hace cinco años, leí la historia de Emiliano Zapata y comprendí que un arma no sólo servía para disparar, sino también, para defender a la raza más jodida, las injusticias porque la historia así lo ha demostrado sólo faltan los “tanates”.

Me interesé por otro tipo de estudios, sobre todo el discurso indígena del Subcomandante Marcos en el 2001. En este tiempo se conjuntaron varias cosas, por una parte la situación económica que no era muy buena y la cosquilla de la aventura, así que me fui de mi casa un año después (a los 20 años). Mi papá me enseñó a luchar por mis ideas -buenas o malas- y éste era el momento.

Me fui a Chipas con el dinero que alcanzamos a juntar unos camaradas y yo. Los primeros días sí estuvieron fatales porque llegamos a dormir hasta en la calle, sin un peso en la bolsa, sin haber comido pero como pudimos enfrentamos la situación y comenzamos a trabajar de lo que fuera.

Me refugié en un municipio cerca de San Cristóbal de Las Casas con la esperanza de estar en las filas del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), pero había demasiada desconfianza por parte de los revolucionarios hacia la gente que no era de ahí, ni si quiera tuve la oportunidad de platicar con mi “Quijote del siglo XXI” -porque así lo concebía- pero conviví con otros indígenas de Ocosingo (un municipio autóctono) y me di cuenta de las injusticias que padecían, su manera de vivir y del autoritarismo del ejército.

Durante un año, puse a prueba mi sentido de supervivencia al encontrarme lejos de mi familia y sin dinero. Conseguí un cuarto barato en el municipio de Paso Naranjo y me mantuve con el sueldo y las propinas que ganaba como mesero en un restaurante de Palenque.

En la sierra de Chiapas sentí cómo cala el frío que se cuela por las rendijas de las casas hechas con madera, vi el hambre de los indígenas que trabajan a merced de un cacique que se hacía rico con la madera y soporté el silencio de los campesinos que les invadían sus tierras.

Después de esto ya no pude ser el mismo, mi esencia era otra, no podía quedarme callado y decir: “sí los conocí y sí están jodidos, ni modo así nos tocó vivir”, sería como no tener sangre ni corazón.

Cuando miré cómo alguien estaba jodiendo a más de uno pensaba que su vida no valía nada ¿por qué no quitarle la vida? pero no soy Dios para decidir quien es bueno o malo, siempre he sido coherente con lo que pienso y hago.

Así que en el 2004 regresé al Distrito Federal sabiendo que debía tener un fusil en las manos fue a través de un pensamiento que se llama ¿Qué hago con un fusil en las manos?, y causé alta en las filas del honorable Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos, declara Ernesto con tono irónico.

- **Travesía infancia**

Un soldado que sonrío poco y mira con desconfianza llama la atención. Ernesto o “Rojo” - como prefieran llamarlo- es un ejemplo de ello. Aunque ya nos hemos visto en varias ocasiones, hoy está menos rígido y nos saludamos con un beso en la mejilla pero me mira de re-ojo.

Me comenta que no tiene tiempo porque debe checar un “asunto” en la calle, decido acompañarlo, llegamos a una oficina gubernamental cerca de la estación Salto del Agua.

“Todos disfrutan su infancia sólo que no se acuerdan de los momentos felices”, dice este joven de piel morena cuando ve a un señor jugando con su hija.

Mi padre siempre estuvo ausente, no iba por mí a la escuela, ni me ayudaba a la tarea y muy pocas veces comimos juntos; siempre estaba viajando en su autobús para llevarle más dinero a mamá, las limitaciones económicas fueron las culpables pero aún así disfruté mi infancia.

Los primeros viajes de mi papá fueron muy duros. Él terminaba agotadísimo y sólo iba a dormir a la casa, cuando coincidíamos en alguno de sus descansos o en sus vacaciones ¡era una alegría verlo! y lo gozábamos al máximo.

Su carácter cariñoso y lo comprensivo que solía ser recompensaba los momentos de soledad. Recuerdo que me sentaba sobre sus piernas, platicábamos de cualquier cosa aunque por lo regular era para saber cómo me iba en la escuela, si le hacía caso a mi mamá, si decía mentiras; él cree mucho en el discurso de la obediencia y honradez.

Fui un chico tranquilo y bien portado, hasta la fecha lo sigo siendo. Cuando llegaba de la escuela, rápido me ponía a hacer la tarea en la tienda o me ponía a estudiar; no recuerdo haber hecho una travesura yo solo, jamás me atreví salvo con mi hermano Emiliano, tuvo influencia sobre mí e intervino para conocer a otras “amistades”.

Mi mamá no estaba de acuerdo con los amigos de Emiliano “eran unos latosos” decía, a mí me caían bien, tal vez, en un niño no caben los malos sentimientos ni las envidias; las travesuras que llegué a cometer así como mis regaños fueron por culpa de mi hermano.

Un día fuimos a nadar a escondidas al “Tubo azul”, era un contenedor de agua limpia -por eso el nombre- que quedaba como a unos 45 minutos de la casa, caminábamos por terrenos baldíos, fangosos y llegábamos con los pantalones llenos de lodo. Si Emiliano no me hubiera sonsacado jamás hubiera conocido ese lugar.

Yo era el segundo de tres hermanos. Emiliano (el mayor) era el líder, me decía: “¡vamos a hacer esto!” y yo lo más que le proponía era ver la tele o jugar a las luchas porque era fanático de la lucha libre.

Cada seis de enero me ofrecían el juguete de moda: una bicicleta último modelo pero no me llamaba la atención porque yo quería mis luchadores, era muy fantasioso en ese aspecto. Me ponía mi máscara del “Hijo del Santo” porque para nada fui rudo, era del bando de los técnicos.

Ernesto por primera vez ríe durante la entrevista y mueve las manos como si estuviera en el cuadrilátero apunto de aplicar una llave.

Mi luchador favorito era Conan ¡un cubano para variar! hasta compraba posters. En esa época era el más fortachón. Me gustaba su apariencia, su máscara era muy innovadora - en ese entonces- porque le agregaba otros elementos. Cuando luchaba siempre ganaba tenía que ser así: era técnico. Nunca simpaticé con los rudos porque hacían trampas, a mí no me gustan y menos que me las hagan.

Desde pequeño tuve conciencia que el único camino por el que debía caminar era el de la honestidad. “El que es leal es leal” crecí con esta idea de la mano de mi padre: un hombre humilde que supo salir adelante honestamente a través de su trabajo.

Yo era el hombre de la casa. A mis ocho años estaba listo para cuidar a mamá y mis hermanitos, aunque Emiliano sabía cómo hacerlo muy bien solo. “Hazle caso a tu mamá”, “cuida a tus hermanos”, “si no dices mentiras no tenemos por qué pegarte” pero

veía a mi mamá y pensaba: “¡sí me pega papá!”, confiesa el guardia con la sonrisa pícaro de un niño travieso.

Mi mamá tenía un carácter explosivo, tal vez, por eso siempre nos regañaba. En la casa había un ambiente de agresión -no exactamente física- que dijéramos: “¡uta! esa señora nos pega diario” pero cuando se enojaba nos pegaba lo que tuviera a la mano desde la palita para revolver la masa de los “hot cakes” hasta un cable llegó a usar.

Sus arranques de histeria obedecían a que Emiliano y yo éramos dinamita pura. Nos poníamos a jugar fútbol dentro de la casa y a cada rato rompíamos los vidrios de la ventana o sus cositas de porcelana y tenía que agarrar de la quincena para comprar otros, nos salíamos a la calle sin permiso para irnos con los cuates y llegábamos hasta la noche. Pero aún así nos quería a su manera, lo decía en cada abrazo, en cada beso.

- **El aprendiz.**

En la explanada de la delegación Cuauhtémoc se lleva a cabo una premiación de alumnos de primaria, y Ernesto recuerda su paso por las aulas:

Siempre me gustó la escuela. La secundaria fue un paso de conocimiento enorme quería conocer todo: inglés, historia, química, era el “ñoño” que se esmeraba para sacarse siempre diez de calificación.

Quería ser el mejor, siempre el mejor. En segundo año de secundaria fui el jefe de grupo y andaba crecidísimo, lo mismo pasó en tercero, me sentía en las nubes porque escogían al alumno con las mejores calificaciones.

En esta etapa intervino el prefecto Hugo. Me hizo poner atención al esfuerzo que hacían mis papás y me decía: “tus papás se están esmerando para darte todo lo que necesitas en la escuela, aprovéchalo”. Me forjé la importancia del estudio y la secundaria fue una ventana de conocimientos con miras a ser el mejor.

Tenía la idea de ser biólogo, veterinario, arqueólogo eran tantas cosas si algo le tengo que reclamar a la vida es no tener suficiente tiempo para hacer todo lo que quiero.

Una vez que la situación económica mejoró, mis papás hicieron en la casa una accesoría. Primero fue un video club, pero no funcionó, después probamos con una tienda de abarrotes.

Al principio lo atendía mi mamá pero Andrés iba creciendo y demanda más atención, después pusieron al frente a Emiliano pero se salía a jugar “cascarita” con sus amigos y dejaba solo, entonces me pusieron a mí, además siempre fui más cabecilla y tuve metido en la mente ser comprometido y ver por el bienestar de la casa.

Era bueno con las matemáticas y sacaba las cuentas de la tienda, a mi mamá nunca le salió la raíz cuadrada y yo le enseñaba “mira le podemos hacer así” no sé si ella me tomaba en cuenta o nada más se divertía con verme así.

Cuando supe que mi siguiente paso sería la preparatoria y, de los 50 alumnos que éramos sólo 20 iban a llegar, me emocionaba creer que sería uno de ellos. Mi papá me llevaba enciclopedias que se quedaban arrumbadas pero llegó un momento que me puse a hojearlas.

A él le daba mucho gusto verme estudiar, sin querer me convertí en un ejemplo para la familia. Mis tías les decían a mis primos que se fijaran en mí porque de todos ellos, yo fui el único que pasé a la universidad ni siquiera mi hermano el mayor quien optó por trabajar.

Me gustaba estar activo así que tomé un curso de programación y taller de plomería para saber lo necesario. Cuando iban a arreglar el baño de mi abuela les decía: “yo sé, yo lo hago” y me ponía a un lado del plomero por si se le ofrecía algo, no me gustaba estar de inútil o haragán quería aprender más cosas y ponerlas en práctica.

- **Los primeros instructores.**

Sentados sobre una banca de piedra, Ernesto habla:

Mi papá Manuel fue campesino en Puebla -su tierra natal- pero se vino al Distrito Federal a los 12 años para ayudarles a mis abuelos porque eran muy pobres al grado de que no tenían ni para comer.

El hambre y el deseo de salir adelante lo anclaron aquí (en el DF), su sueño era ser operador de autobuses porque en el pueblo los veían como súper héroes pero no fue fácil conseguirlo.

Hizo de todo y cada vez que podía les mandaba dinero y ropa a mis abuelos. Se mantuvo durante mucho tiempo como cargador en la central de abastos luego fue lavacoches en el estacionamiento de la TAPO, en un ratito de suerte y después de muchos años, uno de sus amigos le ofreció trabajar en la central camionera, pero ahora como chófer y al fin cumplió su sueño.

Como en la mayoría de las familias mi papá se iba a trabajar y casi no lo veía - más por su trabajo- por eso la mayor parte de mi infancia me la pasé con mi mamá, ella se dedicó a la casa, a la educación mía y de mis otros dos hermanos: Emiliano y Manuel, el mayor y el chico, respectivamente; yo era el de en medio.

Gracias a mi papá soy lo que soy ahora, porque me enseñó que todo es por la derecha, a decir siempre la verdad y no creer en las trampas.

Mi mamá fue otro rollo no nos tenía pegado a sus faldas pero desde un principio puso las reglas básicas de la familia: “estudias o trabajas, pero aquí no vas a estar de huevón”; alguna vez me pregunté sobre mi carácter y del rasgo que tengo como de enojón a la mejor viene de ella por eso tengo un carácter muy fuerte.

Ernesto medita un poco, se levanta la boina negra y acaricia su ceño fruncido que ya se le ha quedado marcado.

- **Lealtad condicionada.**

“Los militares son los oídos y brazos del gobierno”, ese estigma no me lo voy a quitar en toda mi vida. Te ven de verde y la gente piensa que estas del otro lado pero las apariencias engañan, y a veces, tienes que estar del lado del enemigo para conocerlo mejor.

Cuando iba a manifestaciones nunca me di cuenta de la presencia del ejército, ahora que estoy adentro entiendo por qué; todo es parte de una estrategia, comprendes el sistema y aprendes cómo la última opción para ejercer el poder es la fuerza armada.

Mi idea del ejército (antes de reclutarme y ahora estando adentro) no ha cambiado. Te enseñan a ser frío, no hay dolor ni sentimientos porque la vida eso sólo eso y al menos ellos no pueden definirla. Por ejemplo, en una práctica de supervivencia un perro te acompaña, después de ser la única compañía lo debes matar.

El camuflaje es la única opción. Cuando salgo y quiero asistir a la biblioteca, fiestas familiares o simplemente salir a la calle oculto todas las “evidencias” para evitar que me identifiquen. Me quito mi placa, salgo con gorra, utilizo mi credencial del IFE en lugar de mi oficio. Trato de ser yo.

Mi vida normal era ir a la biblioteca central de la UNAM, leer un libro, investigar algo, ahora, pienso cambiarme de biblioteca por la incomodidad de ser estudiante y militar; es difícil no volver a encajar en el círculo de los universitarios porque si alguien se entera que soy militar -más en CU- se prenden los focos rojos, dice Ernesto un tanto cauteloso.

Le pregunto si imaginó un día conocer al Presidente:

Sí pero nunca como soldado. En Palacio Nacional, se bajó de su camioneta Suburban, volteó a vernos y nos dijo: “hola jóvenes”. Al tenerlo cerca, no niego que me puse nervioso porque tienes que estar muy atento para que nadie le haga daño, ese es mi trabajo pero si un día le disparan un balazo yo no seré quien le salve la vida, no se lo merece.

Nunca defenderé al saqueador sino a la patria misma, de lo contrario, significaría que me tragué el discurso de dar la vida por quien la representa; sí sacrificaré la vida por un general que se haya partido el alma y haya visto por el bien del ejército y la tropa pero por el representante de una institución llamada Presidencia, jamás.

Mi lealtad es condicionada: cuido de una institución pero no dependo del Presidente. Soy leal a México más no al Presidente, si le llegara a pasar algo posiblemente me echen la culpa pero no es mi responsabilidad salvarle el pellejo.

El Ejército es buena escuela -“Rojo” sonríe en forma irónica- te hacen aprender las cosas y no es lo mismo aprendértelas a sentirlas. Creyendo en su memoria, el entrevistado repite: “La lealtad es una devoción sincera, voluntaria e infalible de la nación, del ejército, la unidad, superior y subordinados. Cuerpo de Guardias Presidenciales por México: ¡Siempre leales!”

Como integrante del Ejército Mexicano entras a las Secretarías como si fuera tu casa y si tienes problemas “charoleas”. En una ocasión, entré a la AFI y le dije a la señorita que era militar no me creyó, tal vez porque iba demasiado jovial e informal, hasta que le mostré mi oficio de identificación me dejó pasar, yo me pregunto ¿si hubiera entrado como estudiante el trato hubiera sido diferente?

Ser Guardia Presidencial me ha permitido presentarme ante cualquier dependencia y que me vean como lo máximo, de seguro piensan que ando con el Presidente y le cuido las espaldas no es exactamente lo que hago -pues mi único trabajo es registrar la entrada y salida de los asistentes en las reuniones o vigilar las puertas de acceso-, pero por este trabajo he tenido una de las experiencias más importante de mi vida: disparar un fusil. El entrevistado simulando portar su arma coloca sus manos sobre el pecho.

- **Fusil en las manos.**

*Si pudiera ser bala que escapa del fusil que dispara el soldado:
Iría en busca de los amantes de la guerra y traspasaría sin piedad su rocoso corazón.
Si fuera el proyectil que sale del cañón para dar fin al combatiente:
Iría en busca de los que mandan la encarnizada y les cortarían el aire que respiran...*
Lily Flores Palomino

Desde el inicio del curso, el sargento que estuvo al mando nos asustaba y maldecía a cada rato: “pinches reclutas no pueden...ya los quiero ver temblando cuando vayan a la práctica de tiro”, más que un curso de práctica de tiro fue una experiencia de valor y resistencia: nos bañábamos con agua fría porque no había gas, pasábamos hambre, desvelos, sufrimos inclemencias del tiempo pero al extremo.



Adiestramiento. Foto: SEDENA

No soy un súper hombre que a nada le tiene miedo pero trato de ocultarlo, ser serio y dominar mis sentimientos, lo toman a mal en el batallón; cuando el sargento nos empezaba a gritar yo volteaba a ver mis compañeros y estaban aterrados; yo no porque sabía que estaba alineado y no tenía por qué hacerme nada.

Portar mi arma fue una especie de “graduación”. El sonido del G-3 me dejó marcado para toda mi vida, ya no fui el mismo después de disparar la primera bala. Es una emoción muy bonita pero no sólo basta con la emoción, a mí no me interesa si le doy a la diana o no, sólo visualizo la cara del enemigo (un magnate) le tienes que pegar no sé cuándo ni cómo pero hará falta “mano de obra”.

Por eso, estoy entrenando y preparándome para la batalla porque tengo en mente que un día el pueblo se pondrá las pilas y luchará; en lugar de estar al pendiente de quién será el próximo Presidente.

No niego lo que defiendo y sería incapaz de apuntarle a un indígena. Un militar con su fusil en las manos se prepara para la guerra, en cambio, un guardia presidencial es el hombre que se prepara para la cobacha porque la tropa no tiene razón de la patria.

De pequeño pensaba que la bandera era México, ahora la veo ondear y le hago poemas en mi mente antes de que venga la melancolía porque ser militar me causa vergüenza, es un lazo que no quiero cargar.

- **¿La deserción?**

La diferencia entre un militar y un soldado es que el soldado va a querer recibir más dinero sin hacer nada, echar la hueva; mientras que, el militar se va a querer forjar como tal para que el día de mañana salga a la vida civil con la misma disciplina, ir a correr, tener todo en orden, etcétera.

Durante el año y medio que llevo en activo, no ha sido nada fácil, aunque no estoy al cien por ciento con ellos el trabajo es pesado y mal pagado; uno de la tropa no tiene escalafón porque los ven como signo de pesos. Pero eso no me baja la moral, al contrario, me motiva para seguir con mi objetivo: demostrar que un civil es igual o más valioso que un militar pues la aspiración de los militares es cumplir sus veinte años de servicio y poner una tienda.

En las giras hay una disciplina “light”. Debo ir y venir con el presidente, resguardar el hotel, registrar a las personas pero no es sólo un viaje, es muy desgastante: te suben a un destacamento (asignan una tarea), te bajan, te vas de gira y si al regreso hay una manifestación tengo que ir a montar y por todo eso me pagan lo mismo.

Veré que pasa con la nueva administración y si hay mejoras (más tiempo para ver a la familia o tener una oportunidad para ascender) le voy a seguir un poco más aunque el ascenso se otorga por compadrazgo y no por aptitudes de mando.

El Estado Mayor Presidencial expide un reconocimiento como guardia presidencial y tiene mucho valor allá afuera (en la vida civil); lo utilizaría si quisiera dedicar a trabajar en seguridad pública pero mi idea es una dependencia de gobierno como las aduanas o el FBI.

Sin embargo, me llama la atención estudiar en una escuela -donde también hay maltrato- por ser el nuevo me van a hacer menos para que le eche ganas, la única ventaja es que mientras estudie seguiré recibiendo mi sueldo y en un año podría ascender.

Me he mentalizado ascender por medio de la escuela, pues se dice que los exámenes no están difíciles; mi primera opción sería la Escuela Superior de Guerra porque ahí tienes más conocimiento de las guerrillas.

Con un aire de resignación Ernesto finaliza diciendo: Me gustaría terminar mis tres años para desertarme y terminar la universidad pero mi novia y yo pronto seremos papás y aprovecharemos el servicio médico y mi sueldo que es lo único seguro que tengo.

CAP. 3 CASO: CABO CÁRDENAS.

- **Aspirante.**

Ante la resistencia de ver los problemas de la tropa como una simple estadística -que para algunos son “gajes del oficio” de la vida castrense los cuales se deben de soportar y callar sin ningún cuestionamiento- pero sobre todo inspirada, incluso, seducida por el tema de la milicia me permití investigar y dar a conocer tan sólo un caso de las acciones deshonrosas que se llevan a cabo al interior del ejército.

El caso del Cabo cocinero Cárdenas maltratado física, psicológica y sexualmente a manos de sus compañeros del cuartel dejó al descubierto los abusos que todavía persisten en las filas castrenses. Este hecho fue publicado en junio del 2006 en el periódico *Excélsior*.

A los seis años de edad, Diego supo que sería militar. Soldaditos, tanques de guerra y películas de militares eran sus distracciones favoritas aunque su verdadera inspiración la encontró en su abuelo quien fuera enfermero militar y se desertara con el grado de subteniente. Sin embargo, llegar a ser parte del Ejército no fue tarea fácil, tuvo que enfrentarse a una serie de obstáculos una de ellas la negativa de su familia.

Mi abuelo a pesar de ser estricto siempre se preocupó por mí, me preguntaba qué quería ser de grande y le decía: “quiero ser militar”. Él fue tierno y sincero, me llevaba a otro mundo cuando me platicaba cómo era la vida militar.

La milicia era una pasión compartida. Desde pequeño me mentalicé para ser soldado y de la mano de mi abuelo fui preparándome para mi ingreso; me enseñó a curar pero nunca me llevó a una ceremonia o a un adiestramiento, de hecho, nunca lo vi con

uniforme. Él tenía un carácter duro pero solía ser pacífico con las personas y cuando me contaba lo que le habían enseñado me gustó mucho todavía más la milicia.

La escuela no era para mí. Mi papá me decía que me pusiera estudiar pero no me gustaba y no le echaba ganas porque ya tenía en mente una vida militar y no una civil como mi familia quería.

A los 14 años entré a trabajar en una tortillería para ayudarle a mi papá, aunque sólo ganaba 500 pesos a la semana -al mismo tiempo que estudiaba la secundaria en sistema abierto- sólo duré un año ya que mi padre me consiguió un trabajo en un club de golf donde me advirtieron que “no sería lo mismo en el ejército”.

En todo ese tiempo me fui disciplinando: me bañaba con agua fría, comía frío, todos los mandados los hacía corriendo, no dormía por hacer la tarea en la noche, en la tortillería, me ofrecía a cargar la masa y los costales de harina para tener condición; todas mis actividades las veía como adiestramiento. Diego se ríe con la misma ilusión dibujada en sus ojos.

Mi papá me decía que estaba loco pero la idea de ser militar nadie me la quitó. En diciembre tuvo lugar el torneo “El a-go-go” donde los jugadores que hicieran “hole in one” se ganarían un carrito de golf, viajes, etc. dicho premio lo deberían compartir con su “caddie”. Mi jugador ganó el viaje a España pero mi ganancia (que me correspondía) la intercambié con otro caddie por dinero en efectivo.

En esa ocasión, mi ganancia fue de 5 mil pesos los cuales pensaba invertirlos en los trámites de mis papeles de ingreso aunque en ese tiempo habíamos adquirido unos aparatos eléctricos y ocupé el dinero para liquidarlos. En el siguiente concurso volvimos a ganar pero esta vez me tocó un premio de 20 mil pesos pero mi hermana estaba embarazada y tuve que pagar el parto, la ropa, en fin todos los gastos de la maternidad. Una vez más, se vio truncado mi ingreso al ejército.

- **“El Perro” de los chutas.**

Le cuestiono a Diego si su situación económica lo llevó a entrar al ejército:

No, yo entré al ejército porque lo amo, me gusta y era mi sueño. En un examen psicológico me preguntaron si los sueños se podían cumplir y les dije que sí porque ya estaba adentro.

Al año siguiente, sin decirle a nadie empecé a tramitar mi credencial de elector porque quería entrar antes de cumplir 18 años y festejar mi cumpleaños (27 de mayo) ahí adentro pero no se pudo sino hasta el 16 de agosto 2002. Nunca le avisé a mi familia que estaba haciendo los trámites para causar alta en el ejército porque era una “pequeña sorpresa” que les quise dar.

El movimiento de ingreso tardó como un mes hasta que el ejército mandó a su personal para investigarme y corroborar la información que había dado. Me decían “la vida militar es dura porque no ves a la familia” pero a mí no me importó porque sabía que seguían vivos.

Cuando me entregaron mi oficio de identidad militar (documento de alta) fui a casa sólo por ropa y les dije: “ya soy militar y no tengo nada que hacer aquí”, mi mamá se puso a llorar y me pidió que no me fuera porque no iba a ser lo mismo sin mí. Ahora Diego es quien llora. Durante el camino lo único que me preocupaba era mi sobrino que adopté desde recién nacido “mi niño ¿quién lo cuidará?”, pensaba.

Mi alta fue en el batallón de fusileros paracaidistas, ahí me enseñaron a hacer ejercicios físicos y psicológicos pero no fueron pesados -por lo menos para mí- porque ya iba dispuesto a trabajar al cien por ciento.

El primer día nunca lo voy a olvidar. No sabía los grados y me quedé viendo feo al cabo que me recibió y me dijo: “¿quieres que nos subamos al ring?”, “¿me está retando?” -le contesté- pues órale y no le hubiera dicho nada porque me fue como en feria. Diego rasca en su memoria y ríe.

Cuando entras lo primero que quieren hacer los colegas es hacerte desertar a través de pruebas, rutinas de ejercicio, mandarte y como vieron que no podían pues me dejaron continuar. En “La pista del Infante”²⁴ varios no aguantaban y de plano se desertaban. A mí me encantaba.

Te enseñan a ser duros. Me hablaban y trataban como si fuera un perro. “Mi perro ven para acá, haz esto.” No me quejo, al contrario, estuvo bien porque me fueron inculcando la obediencia y la fidelidad. En la vida civil soy tranquilo pero si te metes conmigo no te voy a ver con ternura sino con odio. Soy como un perro te doy mi confianza, cariño y amistad pero recuerda que si traicionas al perro te soltará la mordida. El soldado lanza la amenaza.

²⁴ Pista de obstáculos (el salto triple, pasamanos, cable teleférico, el salto del tigre, el salto de bandera, el laberinto, paso de equilibrio, la red marina) que los soldados deben de cruzar con rapidez.

Cada unidad tiene sus políticas y los “chutas” –así le llaman al personal del Batallón de Paracaidismo- son pacíficos en cuestión de castigos, aquí si nos golpean se procesa al elemento. Cuando salíamos a correr, nos ponían a competir con un maratonista para esforzarnos más y el instructor llevaba una varita para pegarnos en las piernas si no lo rebasábamos.

En esta unidad no hay maltrato físico más bien el entrenamiento es pesado pero lo hacen por nuestro bien porque lo necesitamos y nos servirá el día de mañana. Diego afirma con tanta seguridad como si en ello se le fuera la vida misma.

En las contingencias debemos auxiliar a los damnificados, a veces los debemos de cargar, pero si no tengo condición ni hago ejercicio ¿cómo puedo ayudarla?, lo mismo sucede cuando subimos a la sierra para quemar un plantío, si se encasquilla el arma tengo que pelear cuerpo a cuerpo y no puedes darte el lujo de doblarte en el primer golpe ¿verdad? ahí el narcotraficante te mata o lo matas.

Me sentí orgulloso de estar en esa unidad, aprendí a valorar a mi familia y mi himno me encantaba “(...) en mi corazón la bandera, en mi mente la patria, en mi espíritu el ser soldado” eso significaba prepararme para defender a mi país y como soldado debía hacerlo hasta el último aliento.

Mis compañeros siempre me dijeron que le echara ganas, que debía superar día a día, jamás me sentí ni superior ni inferior a los demás pero trataba de sobresalir. Desde las 5:00 o 5:30 de la mañana que nos levantábamos a hacer ejercicio hasta las 8 de la noche todo lo hacía rápido, a eso se le llama esgriming (rapidez para todo). Por ejemplo, para comer lo hacía en 5 o 10 minutos, si ya era noche tenía que dormirme rápido aunque

no tuviera sueño. Con aire de melancolía Diego habla: Yo había planeado hacer una carrera pero no se pudo.

- **Batallón PM de CGP: Información “Clasificada”.**

A decir de sus compañeros, el soldado Cárdenas era un elemento sin problemas y tranquilo pero por su aspecto físico fue objeto de burlas y abusos. Tiene un andar erguido, en su rostro todavía de niño moreno resaltan la blancura de sus ojos grandes -acusadores en su afán de verse todo un hombre. Lo delgado de su cuerpo aleja la idea de un joven atlético, su cabeza es inversamente proporcional al resto de su cuerpo debido a su micro cefalea.

Mi abuelo me enseñó que todo lo que me rodeaba era mío y debía defenderlo esa era la esencia de un militar. Me enseñaron el don de saber ordenar pero antes tuve que saber obedecer y al año de servicio - el 16 de noviembre 2003- me relevaron al Batallón de Policía Militar del Cuerpo de Guardias Presidenciales y me ascendieron a cabo cocinero; a partir de ahí comencé a mandar pero cambió mi visión del ejército, se terminaron mis sueños y mi vida se acabó.

En un evento que se realizó en el Hotel Intercontinental se me encomendó la misión de llevar y entregar la comida para el personal militar, me acompañó el sargento segundo Blanco quien dispuso su camioneta particular para transportar de ida las cacerolas al batallón. Sin embargo, por los movimientos y la rapidez hicieron que chorrera un poco de grasa en el interior de su automóvil; se molestó bastante y comenzó a insultarme hasta que de un golpe en el pecho me tumbó y dejó en estado inconsciente. Un oficial se dio cuenta pero no hizo nada.

El sargento Blanco no se preocupó por brindarme los primeros auxilios y continuó el trayecto rumbo a la unidad. No supe que me había pasado, sólo recuerdo que desperté

en la clínica médica de guardias con un dolor muy fuerte en el pecho no disminuía así que me trasladaron en ambulancia al Hospital Central Militar.

Sin hacerme exámenes previos y creyendo en la versión del sargento Blanco, quien dijo que yo había sufrido un ataque epiléptico me suministraron un medicamento para controlar el supuesto padecimiento provocándome efectos secundarios en el sistema nervioso.

Durante el mes y medio que estuve internado, nadie me informó mi situación, al contrario, médicos militares se negaron a enseñarme los resultados de mis exámenes médicos que habían arrojado el diagnóstico médico “RETRASO MENTAL LEVE Y EPILEPSIA”, por otra parte un teniente coronel me acusó de haber violado a una enfermera para desprestigiarne.

Una vez reincorporado a mi servicio mis compañeros se burlaban de mí, y me decían “Abel ¿quisiste violar a una enfermera?”, “eres un retrasado mental” eso causó que me exceptuaran de ciertas actividades como hacer ejercicio, jugar futbol, en cambio, me mandaban a barrer la azotea, limpiar tinacos y hasta recibía amenazas de muerte a través de anónimos. El entrevistado afirma que fue incongruente el trato que le dieron.

Sin importarle nuestro protagonista se desahoga a través de un llanto incontenible: No conformes, tiempo después fui humillado en los baños del cuartel. Estaba en el dormitorio platicando con otro un soldado aspirante cuando se acercó el sargento primero PM Ramírez, el sargento segundo PM Hernández y el cabo PM Martínez nos dieron la orden que teníamos 10 minutos para bañarnos porque “nos iban a usar”. Nunca me imaginé lo que iba a pasar y fui a cumplir la orden.

Ya me había terminado de bañar y me enredé la toalla en la cintura para vestirme. El cabo Martínez lanzó un reto a los sargentos diciendo:

--“No son capaces de bañarnos”.

--“Prepara el agua con jabón de polvo y las escobas”, respondió el sargento Ramírez.

--“Yo tengo fabuloso y cloro”, añadió el sargento Hernández

En cuestión de minutos regresaron al baño y nos dijeron “piches puercos, no se bañan, dejan las cobijas y la cama apestosas y sucias; hijos de su puta madre” al mismo tiempo que nos aventaron el agua ya preparada en la cara y nos comenzaron a tallar todo el cuerpo con las escobas.

Entre ellos se burlaban. Cuando por fin nos dejaron en paz, salí al pasillo para ir a vestirme pero el sargento primero Ramírez y el cabo Martínez intentaron sujetarme pero no pudieron así que llegó el policía militar y, entre los tres “me inclinaron”.

El Sargento Hernández me dijo: “quiero ver tus dientes en mi pene y en mis testículos” mientras que el sargento Ramírez amenazó diciéndome “te voy a poner aceite en el trasero a ti y al otro (aspirante) para penetrarlos”. Me pusieron su miembro en mi cara, mientras que el sargento segundo Hernández me penetró, Diego todavía recuerda y declara con voz entrecortada que su agresor no eyaculó.

En ese momento no pensaba en nada, ni siquiera pude gritar, sólo les pedía que me dejaran en paz con lágrimas en los ojos, Diego habla con la misma clemencia de aquel momento. Todavía no entiendo cómo se atrevieron a hacer eso si en el ejército nos enseñaron a respetar a una mujer.

Continuaron burlándose, se salieron y nos esperaron en el dormitorio. Ya me había vestido y me tiré a llorar en la cama cuando sentí que el sargento Hernández me tocaba la pierna y me dijo “ahora sí ya estás listo”. No aguanté el asco de que me tocara y me retiré del lugar.

Al día siguiente di parte a los médicos, pero no me creyeron, me llevaron a psiquiatría porque me tomaron como “loco” por los antecedentes de retraso mental y me hospitalizaron. Cuando regresé a mi unidad, la SEDENA empezó a tramitar mi baja y me catalogaron como “inútil en primera categoría”, es decir, que era exceptuado de todo tipo de servicio. Sólo conseguí que los arrestaran por 15 días.

Desde entonces, el cabo no ha recibido ninguna ayuda o indemnización por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional. Consiguió un trabajo en un restaurante y de ahí se sostiene él y su familia.

CONCLUSIONES

En la prensa escrita existen trabajos que por sus características no pueden ser clasificados dentro de los géneros periodísticos tradicionales porque se concentran en el campo de la interpretación del hecho, pero sin dejar de ser objetivos e informativos. Tal es el caso de los relatos periodísticos.

A través de recursos literarios como la descripción de personajes y atmósferas, recopilación de diálogos completos y monólogos, el periodista explica la realidad de manera más profunda por medio de la narración.

El relato periodístico como acto de habla²⁵ influye en la forma de pensar del receptor y apela a su sensibilidad, por lo que éste debe de ser adecuado, es decir, que el emisor logre que el receptor **interprete** de la misma forma el mensaje. Por esta razón, la historia presentada fue narrada y explicada a través del relato no ficcional.

El periodismo explicativo, presenta el hecho en su contexto, profundiza las causas y consecuencias, evidencia la presencia del periodista durante la construcción del relato y aporta elementos suficientes para que el lector valore la información.

Los objetivos de este trabajo fueron:

- Denunciar y relatar las situaciones inusuales que viven los soldados del Ejército Mexicano.
- Explicar las causas de los jóvenes que los llevó a reclutarse y describir la imagen que tenían antes de entrar a dicha institución.
- Exponer el trato que les dieron a los jóvenes en sus primeros meses de formación.

²⁵ Consiste en hacer cambiar de opinión a un oyente como función de la interpretación del enunciado.

- Narrar las situaciones atípicas (maltrato físico y psicológico, el abuso de poder, la prostitución y el libertinaje) que protagonizan la tropa.

La historia relatada permitirá al lector conocer la vida del militar, sensibilizarse y formarse una opinión sobre el Ejército.

El Ejército Mexicano, por la importancia que tiene en el acontecer nacional, es un tema poco comentado en los medios de comunicación; los reporteros no tienen un acceso “sencillo” a la información como se llega a dar en otras fuentes periodísticas, por ejemplo: la fuente diplomática, económica, política, eclesiástica, entre otras.

Sin embargo, se ha logrado publicar algunas notas donde se denuncian casos de arbitrariedad en materia de justicia, salud y seguridad empero con la particularidad de mostrar de manera superflua –en algunos casos -por la premura del medio y el espacio editorial.

Por este motivo, es importante señalar que debido a la naturaleza del tema fue delicada la recopilación de información ya que debíamos actuar -el entrevistador y la fuente- con absoluta discreción para evitar represalias.

El mayor reto fue obtener la información pues en algunas ocasiones, los cuestionamientos se basaron en monosílabos o contestaciones muy escuetas, y tuve que valerme de la interpretación a través de la observación directa de los lugares, personajes y atmósferas (cuartel, operativos, reuniones, etc.) que el propio protagonista se encargó de narrar.

La importancia del presente relato fue dar a conocer, desmitificar, y comprender la

vida castrense y los fenómenos que para algunas instituciones como la Comisión Nacional de los Derechos Humanos han dejado de existir como: el maltrato físico y psicológico, entre otros.

Se logró mostrar una visión de la realidad al interior del Ejército distinta a la comentada en los medios de comunicación (prensa, radio y televisión). Por tal motivo, decidí hacer un trabajo sobre la milicia porque a lo largo de su historia se ha visto en vuelta en una serie de mitos, hechos polémicos sobre la formación y comportamiento de sus elementos.

La realización de este trabajo no fue sencilla. La principal dificultad y, en ocasiones ventaja, con las que me enfrenté fue -como lo mencionó Rigoberto López Quezada periodista y profesor de esta facultad en mis clases de Periodismo Especializado I y II- fue el hecho de ser mujer.

Para conocer, acercarme y convencer a la fuente para que me “confiara” su experiencia como militar no requirió condiciones severas de las cuales me arrepienta o haya expuesto mi bienestar, salvo el factor tiempo que en ocasiones llevó las entrevistas al plano de una charla entre dos amigos.

Llegar a “Ernesto”, como pidió que se le llamara, no fue obstáculo para elaborar este relato. Las visitas a la estación del metro San Lázaro, lugar donde se encontraba trabajando, fueron vistas por propios y extraños como encuentros de ocasión para romancear o coquetear.

En algunas ocasiones las entrevistas se dieron deambulábamos en los pasillos del metro San Lázaro hombro con hombro cual dos amigos, sentados en cualquier lugar de ese laberinto gris, o una comida en la cafetería de la *Tapo* ocultando debajo de una servilleta la grabadora de voz y otras más en el área de visitas del propio cuartel del Cuerpo de Guardias Presidenciales.

Mi condición de fémina me facilitó el acceso al destacamento del Cuerpo de Guardias Presidenciales (CGP) para visitar en varias ocasiones a “Ernesto” sin ningún miramiento o cuestionamiento, inclusive, me permitió acompañarlo en sus actividades cotidianas, conocer su entorno social y conocer su “otra casa”, “su nueva familia” y su lugar de trabajo.

En este lugar, el trabajo requirió mayor sagacidad pues hábilmente escondía la grabadora en el uniforme de mi entrevistado. Sin embargo, el riesgo de ser “descubiertos” era latente en cada cita, por lo que en algunas ocasiones no hubo otra opción más que confiar en la memoria o discretamente tomar nota al término de cada entrevista.

El primer encuentro con “Ernesto” fue un poco hostil. Su aire marcial y carácter cauteloso se acercaba más a lo antipático, no pude tener un acercamiento más amable, sólo cruzamos unas breves palabras, al mismo tiempo que me analizaba con una mirada acusadora para ver si era “de confiar”.

“Ernesto” es hombre de pocas palabras, no se mueve de su lugar por si se acerca a pedir informes sobre los requisitos escritos en su pequeña pancarta que está amarrada a la salida de un torniquete del metro San Lázaro.

Sin perder detalle miraba una y otra vez a su alrededor cuidándose de no ser visto por sus demás compañeros que se encontraban instalados en otros sitios de la enredada estación, en ese momento me di cuenta que el enemigo del soldado es otro soldado.

La presencia de “Ernesto” impone a lo mejor es por su estatura o la rudeza de sus brazos, llevaba puesto el uniforme verde olivo, sus botas estaban debidamente lustrosas y su boina negra daban cuenta de una impecable higiene; el ceño fruncido y voz macabra me hicieron verlo aún menos amable.

En un andar de aquí para allá y de allá para acá con su mochila al hombro trataba de ocultar su nombre bordado en la bolsa justo a la altura de su corazón. Le hizo creer a su compañero que era una “amiga” de esas que ya conoce y me invitó a dar una vuelta; caminamos sin rumbo fijo hasta llegar a un paradero donde por fin se animó a contar su historia pero eso sí con la condición de no usar grabadora ni libreta “porque pueden sospechar”.

En otra visita, “Ernesto” se mostró menos rígido y me permitió saludarlo con un beso en la mejilla. Otro día me canceló la entrevista porque no tenía mucho tiempo y debía checar un asunto en la calle, así que creí pertinente acompañarlo en sus actividades. Durante el trayecto me vio con cierta rareza, tal vez, porque dejamos a un lado el trabajo y nos pusimos a platicar sobre cualquier tema; en ese viaje constaté la idea de fantasiosa que rodea al militar porque adultos y niños lo miraron como si fueran algo supremo y con cierta discreción le hicieron un lugar en el atiborrado vagón.

Los encuentros con el otro protagonista (Diego) fueron un aún más difíciles . En ese momento del encuentro él estaba asustado, confundido, e inclusive, nostálgico. No confiaba en nadie y se avergonzaba de platicarle a una mujer lo que le había sucedido.

El cabo quería desahogarse y varias entrevistas se transformaron en confidencias, inconmensurables llantos y arranques de impotencia. Sin embargo, al paso del tiempo hubo confianza pero sobre todo valor para enfrentar a la realidad .

La vida y formación militar es estricta pero no justifico las situaciones ocurridas al interior del batallón como por ejemplo: el maltrato físico y psicológico aunque los soldados pertenecen a un sector de la sociedad: la fuerza armada; son personas ignoradas, admiradas o aborrecidas porque muchos suponen que no sienten, no valen o peor aún que no existen.

De ninguna manera, avalo una posición sentimentalista en donde se les “comprende” su manera de reaccionar a determinadas situaciones por el hecho de estar encerrados como el caso de la violación tumultuaria a una anciana en Atzompan, Veracruz.

La tropa es el escalafón de menor importancia dentro del ejército y el más vulnerable de ser objeto de abusos, robos, injusticias y tareas denigrantes pero también destacan en misiones humanitarias (Plan DN-III), erradicación de plantíos de marihuana y combate al crimen organizado.

El problema del trato al militar no es sólo cuestión de honor y disciplina, sino es originada por la ignorancia y conformidad de la misma tropa que en su mayoría está integrada por humildes provincianos que se refugian en el ejército para subsistir, complicidad de las autoridades y complejo de superioridad de los mandos castrenses.

Un golpe se convirtió en algo tan cotidiano como el “buenos días”, afirmó Ernesto. Muchos de los soldados se trazaron un proyecto de vida diferente a los aparentados por los altos mandos, algunos aceptan el reto pero otros, en su mayoría, son absorbidos por el ambiente.

BIBLIOGRAFÍA:

- Barragán, Rodríguez Juan, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, México, Stylo, 1985, pp.775.
- Beristáin, Helena, *Análisis estructural del relato literario*. Teoría y práctica, México, 1982, pp.200
- Blasco, Ibáñez Vicente, *El militarismo mexicano*, México, Gernika, 1995, pp. 161.
- Breceda, Alfredo, *México Revolucionario*, México, Madrid, 1985, pp. 506.
- Campbell, Federico, *Periodismo escrito*, México, Alfaguara, 2002, pp. 295.
- *Cultura Castrense*, SEDENA.
- *Disturbios Civiles*, SEDENA
- Domínguez, Luis Adolfo, *Descripción y relato*, 3ª Edición, Trillas, México, 2000, pp. 86.
- Domínguez, Luis Adolfo, *Redacción uno*, 1ª edición, Diana, México, 1990, pp. 215.
- Eyssautier de la Mora, Maurice, *Metodología de la investigación. Desarrollo de la inteligencia*, México, 2002, pp.316
- González, Reyna Susana, *Géneros periodísticos I. Periodismo de opinión y discurso*, Trillas, México, 1999, pp. 189.
- Goode, J.William y Paul Halt, *Métodos de investigación social*, Trillas, México, pp.469.
- Gutiérrez Santos, Antonio, *Historia Militar Mexicana*, SEDENA, México, 1984.
- Hernández, Carballido Elina Sonia, *El relato periodístico en México*, México, Tesis de Maestría, UNAM, México, 1998 p.210
- Leñero Vicente, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 2003, primera edición, pp.225
- *Ley Orgánica del Ejército y Fuerza Aérea*, SEDENA
- Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 2003, pp.351.
- Martínez Albertos, José Luis, *Curso General de Redacción*, España, Paraninfo, 2001, pp.279.
- *Moral militar y Civismo*, SEDENA.

- Munch, Lourdes y Ángeles Ernesto, *Métodos y técnicas de investigación*, Trillas, México, 2005, pp.166.
- Robles, Francisca, *El Relato periodístico testimonial perspectivas para su análisis*, México, Tesis de Doctorado FCP y S, 2006.
- Robles, Francisca, *La entrevista periodística como relato una secuencia de evocaciones*, México, Tesis de Maestría FCP y S, 1998, pp. 184.
- Roland, Barthes, et. al., *Análisis estructural del relato*, 6a Edición, Coyoacán, México, 2002, pp. 184.
- Romero Álvarez, María de Lourdes, “El futuro del periodismo en el mundo globalizado. Tendencias actuales”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 171, enero-marzo, 1998, pp.161.
- Romero Álvarez, María de Lourdes, “El relato periodístico como acto de habla”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 165, Julio-Septiembre, 1996.
- Romero Álvarez, María de Lourdes, *El relato periodístico: entre la ficción y la realidad*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1995
- Semo, Enrique, *México, un pueblo en la historia*, México, Alianza, 1998, pp.257
- Veledíaz Juan, “Los renegados del ejército”, *La Revista*, núm. 127, México, 31 de julio al 6 de agosto del 2006, pp. 36-44-
- Wolf, Tom, *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama.

HEMEROGRAFÍA:

- Barajas Abel, “Crecen en la Sedena retiros forzados”, *Reforma*, México, 5 de mayo de 2006, pp.3
- Carrasco Araizaga, Jorge, “Ejército de desertores”, *Proceso*, núm. 1529, México, 19 de febrero 2006, pp. 34-39
- Carrasco Araizaga, Jorge, “Una reforma inaplazable”, *Proceso*, núm. 1529, México, 19 de febrero 2006, pp. 40-42.
- Carrasco Araizaga, Jorge, “Al amparo castrense”, *Proceso*, núm. 1572, México, 17 de diciembre 2006, pp. 11-16.
- Carrasco Araizaga, Jorge, “Justicia postmortem” *Proceso*, núm. 1583, México, 4 de marzo 2007, pp. 70-72.
- Carrasco Araizaga, Jorge, “La militarización”, *Proceso*, núm. 1580, México, 11 de febrero 2007, pp. 6-11.
- Carrasco Araizaga, Jorge, “Mandos cuestionables o temibles”, *Proceso*, núm. 1577, México, 21 de enero 2007, pp. 41-44.
- Carrasco Araizaga, Jorge, “Milicia de reprobados”, *Proceso*, núm. 1573, México, 4 de febrero 2007, pp.36-39.
- Carrasco Araizaga, Jorge, “Oleada de denuncias”, *Proceso*, núm. 1593, México, 13 de mayo 2007, pp. 30-32.
- Esquivel Jesús, “Soldaditos sanguinarios”, *Proceso*, núm. 1583. México, 4 de marzo 2007, pp.58-61.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, “La sujeción”, *Proceso*, núm. 1575, México, 7 de enero de 2007, pp. 69.
- Gutiérrez Alejandro, “La estrategia del desastre”, *Proceso*, núm. 1593, México, 13 de mayo de 2007, pp.27-30.
- Gutiérrez Alejandro, “Pueblos vejados”, *Proceso*, núm. 1592, México, 6 de mayo de 2007, pp.12-15.

- Lizárraga Daniel y Francisco Castellanos, “El presidente militarizado”, *Proceso*, núm. 1575, México, 7 de enero de 2007, pp. 10, 11.
- Lizárraga Daniel, “Los golpeadores de Calderón”, *Proceso*, núm. 1584, México, 11 de marzo 2007, pp.6-12.
- Martínez Regina y Vera Rodrigo, “Mano negra”, *Proceso*, núm. 1585, México, 18 de marzo 2007, pp. 28-31.
- Ramos Ortiz Arturo, “La apuesta por el ejército”, *Milenio Diario*, año 2007, México, 1º de septiembre de 2007, pp. 26.
- Zamarripa Roberto, “El juicio al general Gallardo, por injurias, difamación y calumnias contra el Ejército Mexicano”, *Proceso*, núm. 894, México, 20 de diciembre 1993, pp.14-21.

OTRAS FUENTES:

- SEDENA, Historia, {en línea}, México, enero 2008, <http://www.sedena.gob.mx>

TESTIMONIOS:

- Ernesto, elemento del Cuerpo de Guardias Presidenciales (CGP).
- Diego, cabo cocinero del batallón de Policía Militar del CGP.